



# NARRADORAS VALLECAUCANAS

Antología

Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca



NARRADORAS  
VALLECAUCANAS

Antología

---

*Narradoras vallecaucanas : Antología / Esther Fleisacher [y otros]; compilador José Zuleta --*  
Cali : Editorial Universidad Icesi : Sello Editorial Javeriano Cali, 2019.

120 páginas ; 21 cm.

Incluye índice de contenido.

ISBN: 978-958-8936-91-8.

1. Cuentos colombianos 2. Crónicas colombianas 3. Autores vallecaucanos  
(Colombia). I. Fleisacher, Esther, 1959- , autora. II. Zuleta, José, compilador.

Co863.6 cd 22 ed.

A1637560

CEP - Banco de la República - Biblioteca Luis Ángel Arango

---

## NARRADORAS VALLECAUCANAS ANTOLOGÍA

Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca

Universidad Icesi

Pontificia Universidad Javeriana Cali

Título

Narradoras vallecaucanas

© Secretaría de Cultura del Valle del Cauca

Antología

© Derechos reservados para las autoras

Gobernadora del Valle del Cauca

Dilian Francisca Toro

Prohibida la reproducción total o  
parcial de esta obra sin autorización  
de los editores y de los propietarios  
del *copyright*.

Secretaría de Cultura del Departamento

Consuelo Bravo Pérez

Primera edición, septiembre 2019

Editor

José Zuleta

ISBN 978-958-8936-91-8

Diseño de portada y diagramación

Ladelasvioletas - Johanna Trochez

Revisión de estilo

Clarc Comunicaciones

# CONTENIDO

<b>Presentación</b>	7
<i>Dilian Francisca Toro</i>	
<b>Introducción</b>	9
<i>Consuelo Bravo</i>	
CUEENTOS	
<b>La buena estrella</b>	13
<i>Esther Fleisacher</i>	
<b>La chica de al lado</b>	19
<i>Melba Escobar</i>	
<b>Señales</b>	27
<i>Ángela Rengifo</i>	
<b>La codicia de los desvelados</b>	35
<i>Amparo Romero Vásquez</i>	
<b>Grieta</b>	41
<i>Clara Llano Restrepo</i>	
<b>La rumba, son, palo muerdo</b>	49
<i>Pilar Quintana</i>	
<b>Ajena</b>	59
<i>Beatriz Libreros</i>	

**La caja de los pisahuevos** 69  
*Adriana Villamizar Ceballos*

**Esas cosas de niña** 75  
*Heidy Johana Peralta Rodríguez*

## Crónicas

**Barrio Meléndez. La vida entre la hacienda y la invasión** 83  
*Carmiña Navia Velasco*

**El ángel que murió tres veces** 95  
*Paola Guevara*

**Sonata del olvido** 107  
*Catalina Villa*

## Presentación



Presentamos a la comunidad vallecaucana, a Colombia e Hispanoamérica, los primeros siete libros del Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca. Esta iniciativa es consecuente con las recomendaciones de la Política Pública de Lectura, Escritura y Oralidad que formulamos durante la presente administración y que tiene como propósito la construcción, estudio y difusión de nuestra identidad cultural. Según recomienda esta política: “es importante tener presente la gran diversidad de rasgos culturales que caracterizan al Valle del Cauca lo que constituye su mayor singularidad y su mayor riqueza”.

En la política editorial de este fondo daremos prioridad a obras que garanticen la recuperación y la difusión de la tradición, la producción artística, literaria y cultural; a saber: las producciones intelectuales y de investigación, de autores de la región, o de autores de otras regiones, que aborden temas concernientes a nuestro entorno. Investigaciones o producciones intelectuales y literarias que constituyan creación de patrimonio regional que nos ayuden a establecer, preservar y difundir la tradición oral y escrita del Departamento del Valle del Cauca.

Editaremos también trabajos de rescate. Esto es; producciones que son patrimonio cultural de la región pero que debido a su antigüedad o mala fortuna editorial, no se conocen. Publicaremos también los trabajos de nuevos creadores e investigadores, que según criterios de calidad, son el futuro patrimonio cultural de la región, así como las investigaciones dirigidas a la creación de patrimonio a partir de rasgos culturales inmateriales como tradición oral, medicina tradicional, música no escrita o documentada, recetas de la tradición gastronómica popular, mitos, leyendas, décimas y canciones, vestidos y atuendos tradicionales, entre otros temas, serán el derrotero del fondo que nace hoy con estos primeros siete libros.

Agradezco al Grupo de Editoriales Universitarias del Pacífico, GEUP, a las escritoras y escritores del Valle del Cauca, por hacer parte de esta iniciativa que nos permitirá mirar hacia el futuro desde una valoración positiva de nuestra identidad y seguir trabajando de corazón.

*Dilian Francisca Toro*  
Gobernadora del Valle del Cauca

## Introducción



“En Colombia, los trabajos de la crítica literaria de las mujeres y sobre las mujeres muestran y demuestran que existe una tradición femenina en el campo de la escritura, especialmente la poesía y narrativa, sin descuidar otros géneros como el teatro y el ensayo. Basta nombrar dos investigaciones que se vuelven de obligatoria consulta para quienes estamos interesadas en continuar descubriendo y dando voz a una genealogía acallada por una historia donde ha predominado la escritura de los hombres. Me refiero a los textos de las investigadoras María Mercedes Jaramillo, Flor María Rodríguez y Ángela Robledo, titulado *¿Y las mujeres? Ensayos sobre literatura colombiana* (1991). Más recientemente tenemos la investigación de Carmiña Navia, *La narrativa femenina en Colombia* (2006)”. Así comienza el importante ensayo *Primeras novelistas del siglo XX en el Valle del Cauca: Vera Zacs y Nelly Domínguez Vásquez Una escritura cautiva*, de la profesora Mery Cruz Calvo.

La primeras narradoras vallecaucanas del siglo del siglo XX, son Vera Zacs, seudónimo de Elvira de Vernaza Isaacs, autora de las novelas *Mis respetables jefes* (1959), *Iniciación impúdica* (1961) y *¿Qué ha sido esto?* (1969). Y Nelly Domín-

guez Vásquez, escritora de Cali que publicó en 1961 *Manatí*, *Esa edad* en 1974, y *Los tres ojos de la pila* en 1985.

Presentamos en este libro cuentos y crónicas de escritoras vallecaucanas vivas que dan continuidad a la tradición que iniciaron las narradoras Vera Zacs y Nelly Domínguez Vásquez; sea este un homenaje a su valor y a la determinación de dar los primeros pasos en el camino de la narrativa de las mujeres del Valle del Cauca.

*Consuelo Bravo*  
Secretaria de Cultura del Valle del Cauca

# CUENTOS



# La buena estrella

*Esther Fleisacher*



La última foto que conservo de la abuela fue el día de mi *Bath-Mitzvah*,<sup>1</sup> está sonriente y seguramente acababa de decirme lo que me repitió todo el día, “ya eres una mujer, ya puedes asistir a los entierros”. Cada vez que lo decía yo me sentía grande.

No sé si era un presentimiento, nunca imaginé que entrenaría mi mayoría de edad religiosa en su entierro. Murió durante la noche, suponemos que dormida, y solo hacia el mediodía extrañamos su ausencia. Todo era novedad, lo que más acaparaba mi atención era la tristeza inmensa y silenciosa de mi madre y la mirada de huérfano de mi padre, a pesar de estar enterrando a la suegra.

Yo no sabía qué sentir, pero con los días su ausencia se me hizo penosa. Empecé a extrañar la comida y la conversación a la hora del almuerzo. La empleada nueva era seria y no sabía cocinar. La abuela siempre nos había cuidado, a mis hermanos y a mí, mientras mis padres trabajaban. Nos

---

1 - Rito de iniciación para las niñas en la adolescencia donde se adquiere la mayoría de edad religiosa.

divertíamos mucho con ella, nunca aprendió a hablar bien el español y su pésima pronunciación nos hacía reír. De nada servía que la corrigiéramos, nos decía que estaba segura de que a Dios le gustaba más que le hablaran en yiddish.

La muerte despierta el pasado y por esos días en casa se contaron muchas historias. Parecía que a mi madre recordar le mitigaba el dolor. Mis hermanos dormían y mi padre veía televisión; mamá no podía dejar de hablar. Sus palabras pausadas me envolvieron hasta altas horas de la noche.

—Nadie tiene la imaginación suficiente para vislumbrar lo que la vida puede deparar: cuando la guerra terminó y la gente lloraba, gritaba, se reía y se abrazaba, permanecí sentada con la mirada perdida. Para sobrevivir tuve que volverme una cosa que solo aspiraba a llegar viva al día siguiente. Si pensaba en mi familia o en la dignidad, quería morirme. ¿Cómo continuar después de haberme borrado de esa manera? Solo el encuentro con mamá pudo rescatarme; llegó al campo de refugiados unos días después. Fue como volver a nacer.

También ella se debatía con una tos que más parecía salida del alma que de los bronquios. Vio consumirse de agotamiento a muchas de sus compañeras de galpón. El capo del área ya le había hecho varios llamados por su falta de fuerza, eso significaba que en una mañana próxima saldría de las filas de trabajo para ir a las duchas de gas.

No sé en qué momento nos dimos cuenta de que la mirada muda y dulce de tu padre nos seguía a todas partes. No era un coqueteo, pero era insistente. Me costaba creer que algo así me estuviera sucediendo. Yo estaba en los huesos, el cabello eran dos hebras opacas y el vestido hilachas descoloridas. Nadie estaba en mejores condiciones. ¿Quién podría estarlo después de una larga temporada en los campos de concentración nazi? Me reprochaba

el estar pensando en esas cosas cuando la situación era tan confusa; nos apretaba el corazón el destino incierto de los seres queridos, los horrores vividos en carne propia y las atrocidades presentidas.

Como todas las mañanas, estábamos haciendo fila para revisar las listas de sobrevivientes que día a día eran actualizadas; y tu padre, con lágrimas en los ojos, movido por la emoción del momento, se nos acercó a contarnos que el hermano mayor, tu tío Rubén, estaba en uno de los listados. Tu abuela de inmediato lo acogió y le sobó la cabeza. A partir de ese momento formamos un trío, donde el único lugar claro era el de mi madre.

Ella y yo permanecíamos siempre juntas, como si esa fuera la manera de ir borrando la sombra de la muerte acechando en alemán. La última vez que la familia estuvo reunida fue en el tren que nos llevó al campo de concentración; después nos separaron: a mi padre con los hombres, a mis hermanos con los niños, y mi madre y yo permanecimos en el mismo grupo. Durante un trecho, mientras las filas avanzaban lentamente, pudimos acompañarnos con la mirada. A mi madre le ordenaron subir a un camión, yo permanecí en el lugar y siguió lo inconcebible.

Cuando la incertidumbre aparecía en mis ojos en forma de vacío negro, tu padre, con toda la ternura que era capaz de poner en la voz, me recordaba mi buena estrella: “Una mamá sabe cómo hacer las cosas, todo va a salir bien. Teniendo mamá uno nunca se siente solo”. Y permanecía con mis manos entre las suyas largo rato.

Era una verdad nacida del inmenso desamparo. Apenas un año mayor que yo, era el menor de cuatro hermanos; la guerra lo encontró terminando los estudios básicos y soñando con sus estudios de física. Durante la estadía en el campo, donde un día no se diferenciaba

de otro sino por la presencia de caras nuevas, lo que indicaba la muerte callada y el pensamiento inevitable de montañas de cadáveres, lo sostuvo el pensamiento de que la guerra tendría que acabarse un día y, entonces, podría reunirse con los suyos.

El traslado de Rubén al campo de refugiados nos reconfortó a todos, mamá y yo lo acogimos como si fuera nuestro, sentimos crecer la familia. El encuentro de los hermanos fue estremecedor, se miraron largo rato hasta que pudieron abrazarse. La pregunta por el destino del resto de la familia era una sombra dolorosa. Durante muchos años continuamos nuestra búsqueda, estuvimos en contacto con los organismos encargados de ubicar a los sobrevivientes de la guerra. El tiempo se encargó de confirmar lo peor, en ninguna de las dos familias encontramos a nadie más. Hace poco me enteré de una amiga de infancia que vive en Costa Rica, pero me pareció inoportuno remover cosas que se enterraron vivas.

Mi madre se convirtió en la mamá de los tres. Tu padre y yo pasamos de consolarnos mutuamente y de ser un apoyo cuando el alma se nos encogía de dolor, a hacer planes para el futuro. Rubén tenía entre ceja y ceja que la mejor opción para empezar una nueva vida era viajar a América; consiguió los contactos y el dinero. Nada era obstáculo para él, tenía la convicción de que si habíamos sobrevivido era para vivir la vida; su entusiasmo nos arrastró a todos.

En América, fieles a nuestros planes hechos en el campo de refugiados, nos casamos. Poco a poco sentimos el alivio de no ser perseguidos por nadie, y todas las oportunidades las aprovechamos para lograr la estabilidad de la familia. Al principio fue duro y trabajamos de sol a sol. Gracias a mamá podíamos hacerlo con tranquilidad, ¿quién mejor que ella para cuidarlos a ustedes? Cocinaba

de maravilla, recordaba las canciones de cuna en yiddish y se sabía las oraciones. Los viernes, cuando nos demostrábamos en llegar, ella prendía las velas para el *Shabbat*<sup>2</sup> también en nuestra casa. A pesar de la insistencia de tu padre que la quería con nosotros, siempre vivió cerca, nunca bajo el mismo techo. Era un principio que su propia madre le había enseñado.

### *Esther Fleischer*

*Colombia (Palmira, Valle del Cauca, 1959)*

*Escritora colombiana. Narradora, poeta, editora y psicoanalista. Ha sido autor de libros: Relato-ensayo: Gestos hurtados (2015). Poesía: Canciones en la mente (2015). Autora de la novela corta La risa del sol (2011), y de los cuentos La flor desfigurada (2007) y Las tres pasas (1999). Ha sido ganadora de la Beca de Creación del Fondo Mixto para la promoción de la Cultura de Medellín y de la VII Convocatoria Becas de Creación 2006.*

---

2 - Día sagrado. Comienza al atardecer del viernes y concluye al atardecer del sábado.



# La chica de al lado

*Melba Escobar*



No sé por qué estaba comprometida. Porque era lo que correspondía, supongo. Y porque a diez mil metros de altura venía a darme cuenta de que siempre en mi vida había hecho lo que querían los demás. Tenía casi treinta años, había estudiado derecho porque era lo que quería mi papá, había hecho nueve años de ballet porque era lo que quería mi mamá, ahora estaba por casarme con Giuseppe porque era lo que ambos querían. Esta epifanía me estalló en la cara con la misma furia que el olor a gardenias del perfume de la chica de al lado. Nos habíamos sentado hacía un par de horas y solo en estado de elevación, sin los pies sobre la tierra, pude constatar que el mundo estaba abajo y yo arriba, encima, sobrevolando o más bien pasando de largo sobre el vestido blanco, los pajecitos de corbatín y brillantina, el ramo de rosas, la noche de bodas. Busqué un libro en el maletín de mano, no había traído ninguno. A mi lado la chica parecía inmersa en la lectura. Sentí el cuerpo pesado, recordé con entusiasmo que gracias a ese viaje pediría la nacionalidad española, mi apellido era uno de los que habían

sido aprobados por el Estado español para obtener la ciudadanía. Pensé en lo que haría para celebrar: empacharme de patatas bravas con chipirones, empezar a decir “me cago en la hostia”. Sonreí. Una nueva vida era posible al otro lado del océano. Podría dejar de estar atenta a los deseos ajenos para comenzar a descubrir los propios. La azafata se acercó para preguntarnos si preferíamos carne o pollo.

—¿Y no tienen opciones vegetarianas? Preguntó la chica de al lado.

—No, en esos casos hay que informar con antelación a la aerolínea.

Era española pero no dijo hostia, no dijo joder, ni gilipollas.

—Para mí pollo, dije.

—Yo carne, dijo mi vecina.

Pues ya que no había opción vegetariana... por qué no irse por la res. Se quedó mirándome con descaro. Mis aretes de perlas, mi pelo cepillado. Mi maquillaje discreto. Ella llevaba el pelo muy corto y una chaqueta de cuero. Parecía más joven que yo.

—¿Vas para Madrid, también?

A lo que respondí con un automático:

—Sí señora.

—¿Sí señora? Dijo sonriendo con un tono de burla. ¿Pero en qué andamos, en la época feudal?

No dije nada, me estiró la mano.

—Carlota Domínguez, dijo.

—Manuela Jaramillo, dije.

—¿Vas de vacaciones a Madrid?

—Voy a ingresar los documentos para solicitar la nacionalidad.

—¿Seremos compatriotas, entonces?

—Cosa que me da mucha alegría, eso me permitirá entrar y salir con libertad.

–¿Y te cuesta mucho ahora?

–Estoy atrapada.

No sé por qué lo dije. Pero a ella no pareció sorprenderle. Tampoco respondió nada. Estaba masticando con ferocidad, imposible no percibir su prominente quijada. Solo con su mirada parecía estar entendiéndolo todo: que no quería casarme, que tenía un trabajo que no me gustaba, en fin, que me estaba precipitando a una vida que no quería tener.

–A mí me gustó mucho Colombia. Si fuera a quedarme atrapada, ese me parecería un buen lugar para hacerlo, dijo.

–Es fácil, solo con vivir ahí está uno atrapado, no hace falta hacer nada.

A Carlota le pareció gracioso mi comentario. Yo estaba hablando en serio. Al estar sentada junto a esta mujer de quijada prominente y olor a gardenias me salían las cosas más serias y más hondas. Ni yo misma sabía de qué carajos estaba hablando.

–¿Y a qué te dedicas?

–Soy abogada. ¿Tú?

–Escribo.

–¿Qué escribes?

–Cuentos infantiles.

–¿Verdad?

–¿Por qué te sorprende? No son cuentos infantiles como los que nos contaban de niñas. Tengo uno donde Caperucita se come al lobo, por ejemplo.

–¿Cuentos para niños punks?

Pregunté. Su mandíbula era algo asombroso, esa mujer seguro podía masticar piedras.

–Cuentos para niños que no tragan entero, contestó.

–¿Y qué pasa con Blanca Nieves?

–En mi versión la madrastra es la buena de la historia y el padre es un perverso.

–¿Se trata de romper esquemas? Dije.

–Tú lo has dicho Manuela. Porque no existe una única verdad, ¿o sí?

–No, supongo. ¿Y cuál es tu cuento de hadas favorito? Le pregunté.

–La Bella Durmiente, dijo Carlota.

–¿Y por qué?

–Porque la mujer se queda dormida. Tiene un tiempo para sí misma, aunque venga después el príncipe a despertarla, a arrebatarle la calma y quebrar su encantamiento.

–Dicho así, suena casi como algo violento, dije.

–¿Acaso hay un mutuo acuerdo en esa irrupción del hombre sobre la intimidad de la durmiente? Preguntó Carlota.

No supe qué contestar. Carlota me pareció bellísima. Me acordé de ese cuento de que el órgano sexual femenino más activo es el cerebro. Quise ser el príncipe y ella mi bella durmiente. Quise despertarla de su sueño, o bien, sucumbir dentro de él con su mano en la mía. Pero no parecía que estuviera por quedarse dormida. Pasó la azafata recogiendo los platos, luego repartiendo cobijas y tapa ojos. Apagaron las luces. Eran las once de la noche, ya muchos dormían. Carlota se levantó para guardar su chaqueta de cuero. La vi alta y delgada. El buzo negro cuello tortuga se le pegaba al cuerpo. Tenía unos pechos diminutos. Los pantalones de jean claro dejaban ver unas piernas largas, un culo de durazno. Como si me hubieran quitado una venda me fijé como no lo había hecho nunca. Carlota Domínguez podía no ser la primera mujer a quien deseaba, pero era sin duda la primera a quien notaba estar deseando.

–Voy a echar un sueñito, dijo dándose vuelta.

Yo me quedé inmóvil pensando en ella, en sus cuentos de hadas donde nada era lo que tenía que ser, y en ese tic de Giuseppe de estar siempre rascándose la gar-

ganta con un carraspeo nervioso. Cerré los ojos imaginando que no habría boda ni pajecitos, tampoco ramo ni copa de champaña; solo un sueño profundo del que me despertaría Carlota con un beso largo y tibio y suave. Parecía estar pasando en realidad. En el sueño Carlota se quitaba el cinturón de seguridad, se movía con lentitud, sus labios delgados, su nariz respingada, sus pestañas largas, todo su cuerpo se movía con esa gracia que viene de lo profundo para aterrizar en una caricia de tierna sensualidad. Quise que siguiera, que me recordara el sentido de tener una clavícula, un hombro, una pelvis. Quise que mi cuerpo fuese despertando bajo sus manos como quien regresa a casa después de un largo viaje para perderse entre las caricias del ser amado. La Carlota del sueño me acarició los pechos, tanteó mi sexo hasta deslizar sus dedos como lo haría en el barro mojado. De esto no hablaba ningún cuento de hadas. Quise preguntarle si el cuento de Caperucita comiéndose al lobo era un cuento erótico pero Carlota dormía. Quise besarla pero pensé que podría arrancarla del mundo en donde habitaba ahora mismo, lejos de todo. El avión avanzaba como la noche al otro lado del océano y del deseo. Llegaríamos con el día, llegaríamos con la luz y la claridad. Entré en un sueño profundo sin dejar de acariciarle a Carlota el pelo corto y oscuro. La tenía tan cerca de mí que podía sentir su aliento, el aliento de ese cuerpecito frágil y duro, el cascarón de hierro para arrasar con todos los príncipes azules del mundo. Las azafatas encendieron las luces y de nuevo pusieron a rodar los carritos con comida organizada en compartimentos. Carlota pidió el cereal. Yo pedí los huevos con tocineta. Cuando se levantó para sacar algo de arriba, se le cayó una libreta de donde salieron a volar unas foto-

grafías. Las vi caer en el suelo. De lejos solo alcanzaba a ver el contorno verde de las personas en las imágenes. Parecían en un bosque. Sacó una bolsa de aseo, recogió las fotos y volvió a sentarse.

–Antes de ir al lavabo te enseñé mi familia, dijo.

En la primera imagen una niña de ojos claros y pelo rubio sonreía con la cara untada de chocolate mientras sujetaba con fuerza a un bebé de brazos. Un niño de pelo oscuro y ensortijado y con la misma mirada honda de Carlota.

–¿Tus hijos?

–Así es. Valentina y Santiago, dijo. La nena tiene cuatro ya, el nene va para dos. Y este barbudo es mi marido.

No dije nada. Era un hombre acuerpado de pelo y barba blanca. Parecía mucho mayor que ella. Como no decía nada, finalmente Carlota preguntó:

–¿Y tú? ¿Tienes hijos?

–No. Vivo con mi mujer y dos gatos. No tenemos hijos.

–Ah, fíjate. No lo habría imaginado, dijo. Perdona, pero tienes una pinta tan tradicional... bah, prejuicios, que no faltan.

Le sonreía.

–Dímelo a mí –dije antes de levantarme para ir al baño en donde me lavé la cara, las manos, me cepillé los dientes y salí, más que preparada para el aterrizaje, lista para el comienzo de una nueva vida.

## Melba Escobar

Colombia (Cali, Valle del Cauca, 1976)

Autora del libro de testimonios *Bogotá Sueña, la ciudad por los niños* (Icono, 2007) ganador de una Beca Nacional de Creación del Ministerio de Cultura. Su primera novela, *Duermevela* (Planeta, 2010) es una exploración poética del duelo desde la primera persona. *Johnny y el mar* (Tragaluz, 2014) ha sido traducido al inglés y el alemán y en 2015 fue galardonado con un White Ravens, reconocimiento de la Biblioteca Juvenil Internacional - IYL de Múnich, Alemania, a títulos internacionales de literatura infantil y juvenil. Su novela *La Casa de la Belleza* (Emecé, 2015), ha sido traducida a 15 idiomas y recomendada por medios como *The Guardian*, *Le Figaro*, *La Repubblica*, entre otros. Sus artículos periodísticos han sido traducidos al inglés, el alemán y el italiano. Vive en Bogotá con su esposo y sus dos hijos.



# Señales

Ángela Rengifo



Juan Camilo estaciona su carro último modelo cerca de la entrada al Centro Comercial. Va acompañado por Mauricio, un amigo del colegio. Han estado juntos desde pequeños y se tienen mucha confianza, pese a que la mayoría de veces piensen distinto. Por ejemplo, Juan Camilo sabe que debe escoger una carrera en el extranjero para administrar los negocios de su padre. Al contrario, Mauricio no quiere nada con el dinero de la familia y apenas cumpla la mayoría de edad, se hará independiente; en su caso no hay problema porque a diferencia de Juan Camilo que es hijo único, él tiene dos hermanos disputándose la “fortuna familiar”. Precisamente la visita al Centro Comercial se debe al regalo que le hizo el papá a Juan Camilo porque pronto saldrá de secundaria y cumplirá dieciocho años. Tiene cinco millones libres en una tarjeta débito “para que se compre alguna cosita”, como dijo don Marco Aurelio.

En la puerta se hace siempre una mujer a pedir limosna, está en silla de ruedas; la acompaña su pequeña hija que tendrá entre ocho y diez años. La mayoría de personas ya la

conocen, incluso algunos la saludan aunque sin darle dinero. Pese a ello consigue lo suficiente para comer el pan diario. Durante los últimos meses se han hecho más evidentes en su piel unas manchas de color blanco, por eso se abriga tanto a pesar del calor. Muchas personas han presentado los mismos síntomas en Cali, especialmente quienes viven en sectores sin condiciones de salubridad. Existen denuncias sobre el agua contaminada, pero las autoridades municipales se hacen los de la vista gorda. A la mayor parte de la población poco le interesa pues no han sido afectados, por eso se consideran los hechos como un fenómeno aislado. Juan Camilo pasa al pie de la señora, casi tumbando la niña. “El Centro Comercial debería tomar medidas para quitar este espectáculo de la entrada”, le dice a Mauricio en voz alta.

\*\*\*

En la oscuridad se escuchan los rumores de las cucarachas. La plaga se ha intensificado dentro de la ciudad hasta en la casa de las mejores familias, nada ha sido suficiente para controlarlas. A veces pasan volando por la cara de las personas, pero la gente se ha ido acostumbrando sin chistar palabra como hacen con todo. Mientras tanto sobre la cama acaban de descansar los gemidos. Verónica saca de su bolso un cigarrillo, mientras Michael termina de sumergirse en el éxtasis de la droga que tomó hace rato.

—¿Sabés? Stephania me va a llevar mañana a un Centro Comercial para que aprenda a robar. La plata ya no me está alcanzando —dice Verónica mientras juega con el encendedor.

—Tras de puta también ladrona —contesta Michael entre risas— Si querés te mando donde uno de los patrones. Esos no son como esos chichipatos que no pagan

nada, te tratan como una reina. Siendo mujer ya me los había parrandiado.

Ella les tiene miedo a esos “patrones”. Teme que en cualquier momento una de esas “oficinas” le manden el cadáver de Michael porque no hizo bien la “vuelta” o porque se sacó algo que no era suyo. Verónica lo conocía bien. De otro lado, no le preocupaba la policía: estaban más vendidos que el mismo Michael.

—¿Nunca has conocido a uno de los duros? —dice ella.

—No. Esos solo andan con la gente importante: políticos, empresarios... hasta con el Presidente, lo que pasa es que no se ven casi para no dar tanta boleta. Me han contado que cuando se reúnen con toda esa gente ahí si la cosa es seria. Además de cuadrar sus movidas, mandan a callar al que está hablando más de la cuenta y luego se inventan que lo quebraron los guerrillos.

En ese momento algo pasa volando apresuradamente por la cabeza de Verónica.

—Esas hijueputas cucarachas van a hacer con nosotros lo que no han podido los ricos.

—¿Qué?

—Acabarnos.

\*\*\*

La casa queda a las afueras de la ciudad. Aunque es inmensa solamente permanece ocupada por dos personas: el jardinero y la empleada de servicio. Norma se encuentra casi siempre con sus amigas en el Club, Marco Aurelio en su oficina y Juan Camilo en el colegio o con sus compañeros. Este momento es la excepción porque desayunan. “Norma, necesito hablar con mi hijo”. Ella no pregunta nada, pues ya se acostumbró a que los dos hablen solos de cosas im-

portantes sin tenerla en cuenta, al fin y al cabo es “su” hijo. Así que se retira al finalizar su desayuno. Por su parte Juan Camilo pierde el apetito. Cuando su padre se pone así de ceremonioso es que quiere imponerle algo.

—¿Qué piensas hacer ahora que terminas la secundaria? —El viejo lanza esa pregunta mientras que una gota de sudor le chorrea por la cara debido a las altas temperaturas a pesar de que es temprano.

—He pensado estudiar en el extranjero, aquí no hay nada que sea aceptable.

—Me parece bien. Sabes que eres el dueño de todo lo que tengo y el trabajo que me ha costado. Todavía me acuerdo cuando vendimos la hacienda, aunque “vender” es un decir. Esos malditos guerrilleros querían matarme como a tu abuelo si no les pagaba. Pero antes muerto que darles gusto. Mi único consuelo es que los nuevos dueños sí saben cómo detener a esa gente: con vigilancia especial. Ojalá los maten a todos, a ver si así salimos por fin de ese problema.

—En la ciudad no te ha ido mal.

—No deja de ser riesgoso. Toca tener a los obreros controlados. Por eso es bueno que estés preparado. Pero en el momento no te preocupes, cómprate alguna cosita.

Dice esto último pasándole una tarjeta débito. Juan Camilo se siente más tranquilo, dispuesto a obedecerlo. Afuera empiezan a escucharse las primeras gotas de lluvia. Sin embargo, el sol y el calor continúan.

\*\*\*

Verónica termina de servir el almuerzo mientras su madre, Eucaris, continúa sentada frente a la pantalla del televisor. Todas las veces pasan lo mismo: matanzas, secuestros... luego una buena tajada de fútbol y mujeres

semi-desnudas para dar paso a las telenovelas. A Verónica no le interesan los noticieros pero pareciera que el mundo de su mamá girara en torno a ellos. Mientras los ve, frota sus manos con insistencia para calmar el dolor que le produce la artritis. Su hija hace todo lo posible por conseguirle la medicina, pero no siempre puede. Así que Eucaris consuela un dolor recordando otros más intensos. “Yo te he dicho por qué nos vinimos a Cali ¿Cierto, mi amor?” Verónica está cansada de escuchar la misma historia. Al principio trató de decirle a su mamá que ya se la había contado, aunque notó que le hacía más daño si no la dejaba desahogarse de todo lo que llevaba dentro. “Vivíamos con Antonio en una finquita por allá en Costa Rica, nosotros éramos los cuidadores y teníamos ya dos hijos. Una vez, no recuerdo cuándo, comenzaron los guerrilleros a hostigarnos: que pase la platica, que dénos unas gallinas... yo tenía miedo porque mi hijo mayor era un muchacho y querían llevárselo, le rogaba a Antonio que nos viniéramos lejos pero él se moría por la tierrita. Entonces aparecieron los otros, los paras, que mataron a Antonio y a mis hijos dizque por guerrilleros”. Eucaris no llora. Su dolor ahora está disperso, atenuado y repetido en ese contar historias. “A mí no me mataron porque me escondí. Corría y corría buscando que me ayudaran hasta que me encontré con un soldado. Yo creí que me iba a ayudar, pero me violó y me dejó por allá botada en el pueblo”. Hasta aquí llega siempre la historia, Verónica prefiere que no siga. Que es hija de una violación, que su madre solo vivió por ella o si no se hubiera muerto de tristeza, que por eso trabajó tantos años donde “esa señora tan buena” quien al verla vieja y enferma la echó sin liquidaciones. Hubiera preferido ser hija de Antonio, ese humilde campesino que para ella es un héroe. El cie-

lo tiene colores naranja y rosado, se pone así cuando ha llovido mientras hace sol. Verónica almuerza rápido porque Michael la está esperando.

\*\*\*

Juan Camilo no ha decidido qué hacer con los cinco millones, Marco Aurelio lo está probando. Siempre ha sentido rabia por ese deseo de superioridad. Como es “su padre” tiene el derecho-deber de ser más inteligente y audaz. Había pensado en comprarse una moto, mas sus inquietudes lo llevaron a creer que sería mejor guardar el dinero en un banco. Estaba seguro de que eso era lo que Marco Aurelio esperaba. Por su parte, a Mauricio le pareció una buena decisión y era para eso que lo estaba acompañando en el Centro Comercial. Cuando se dirigían al Banco, dos muchachas de su misma edad llamaron su atención. Una tenía el pelo rojo y las piernas largas; la otra conservaba el color natural de su cabello, negro azabache, y aunque también tenía un cuerpo hermoso lo mejor del conjunto era su cara angelical. Ambas los observaban, coqueteándoles. Al pasar cerca de ellas, la que tenía cara de ángel posó su mano donde finaliza la espalda de Juan Camilo. Él la miró con complicidad pero siguió su camino. Por su vestimenta y sus actitudes es evidente que son mujerzuelas.

\*\*\*

Stephania sonrío. Para ser la primera vez de Verónica no lo ha hecho mal. Ella conoce a alguien que puede ayudarlas con lo de la clave o sencillamente sacar el dinero sin necesidad de conseguirla. Debe ser pronto, antes que

el precioso de los ojos azules se dé cuenta que lo han robado y bloquee la tarjeta. Verónica no se siente mal como pensaba o se siente mal por otra cosa. Pudo ver en esos ojos claros el desprecio y eso la hizo odiarlo. Al menos que aprenda a ser desconfiado.

El reloj alcanzó la hora. El cielo está de color naranja-rosado y las cucarachas salen de sus agujeros por miles en toda la ciudad, serán las únicas que se salven. La tierra se remece con furia. Nadie tiene tiempo de entender nada, solo ven los escombros aplastando sus cuerpos. Juan Camilo, Verónica, muchos más, cientos, quedan sepultados sin importar su edad, etnia o condición social. Los pocos que han quedado morirán por la epidemia y de toda la ciudad únicamente quedarán unas cuantas líneas.

### Ángela Rengifo

*Colombia (Cali, Valle del Cauca, 1984)*

*Magíster en Literaturas Colombiana y Latinoamericana y Licenciada en Literatura de la Universidad del Valle. Doctora en Educación, por el Doctorado Interinstitucional en Educación de las Universidades del Valle, Pedagógica y Distrital. Primer lugar en el II Concurso Latinoamericano y XVI Universitario Nacional de Cuento Corto 2003 Universidad Externado de Colombia, con el minicuento Casualidad. En el 2005 obtiene su segundo premio: Jorge Isaacs Colección de Autores Vallecaucanos categoría cuento, con su libro Jitanjáfora publicado por la Gobernación del Valle del Cauca. En el 2008 ocupó el segundo lugar en el Concurso Nacional de Cuento Leopoldo Berdella, organizado por la Asociación Cultural El Túnel, de Montería, con el cuento Metamorfosis. Actualmente se desempeña como docente en la Escuela de Estudios Literarios en la Universidad del Valle.*



# La codicia de los desvelados

*Amparo Romero Vásquez*



El abuelo se fue muriendo de cáncer en el hígado. Ese sábado lo sentí caminar por el corredor, al mismo tiempo vi su cuerpo delgado entre los almohadones del sofá en actitud de espera. El abuelo recogía sus pasos, aquella energía que impregnó las paredes, todo lo que había tocado durante sus ochenta y cinco años.

A las trece horas falleció entre vómitos de sangre y dolores intensos. Lo envolvieron en una sábana nueva y un fajón en lino blanco sostuvo el mentón para que no se desencajara. En el oratorio de la casa se organizó el velorio. A las tres de la mañana llegó su hijo mayor Alfredo con revólver en mano y frente al ataúd encañonó a Dinora la tía, le exigió abrir la caja fuerte que el abuelo tenía empotrada en uno de los muebles de la biblioteca. La boquilla del arma se la colocó en la sien, montó el martillo del revólver, el sonido lo escuchamos todos. Dinora de rodillas le juró que no le entregaría nada de lo que contenía la caja, que podría golpearla y no sabría nunca la clave. Alfredo sostuvo el arma con una sola mano, con la

derecha cambió de lugar la única bala, hizo girar el tambor y lo cerró. Un largo silencio nos sacudió a todos. La aguja percutora dio en el vacío de la recámara. Dinora se cubrió la cara con sus manos y maldijo en silencio el gesto infame de su hermano. El hombre repitió el acto anterior en los oídos, en el corazón, en la hendidura del cuello. Dinora permaneció callada, solo su tez hermosa como la de todas las mujeres de la casa, resplandecía a la luz de los velones. Ninguno de los que hacíamos parte de la escena hizo nada para detener a Alfredo. El tambor volvió a girar y la aguja percutora dio aquel golpe seco en el vacío de la recámara, como al principio, hasta que llegó la mañana. Alfredo sin haber logrado sacarle una sola palabra a la tía Dinora, se introdujo el cañón largo del arma en su boca y disparó. Una explosión de carne, piel y huesos cubrió la réplica de Garnica que había colocado desde tiempo atrás, la tía Dinora en el oratorio.

Los sepultamos a los dos en aquel campo de flores cercano a los cafetales del Quindío, donde la familia tenía por costumbre enterrar a sus muertos. El resto de hermanos y sobrinos, las mujeres de Alfredo, todos los hombres del barrio, los compañeros de trabajo y los profesores de la Maestría, regresaron de nuevo a la casa de los acontecimientos con el mismo interés de saber que contenía la gran mole. Se turnaron para desempotrar la caja fuerte que medía uno con cincuenta metros de alto por un metro de ancho y cuyo peso era de cuatro toneladas. Con lazos en el mismo material la rodaron hasta el aserradero que tenía el abuelo atrás de la casa. En esa planicie erigieron alrededor de la caja fuerte un hexágono de robles que ardió por cuarenta y ocho horas, se agotó el fuego y la caja fuerte permaneció intacta. Las cien personas que hacían parte de aquel despropósito, el perverso y el manso, no

recuerdan el hambre y el frío, nadie dijo una sola palabra, nadie advirtió el canto de las aguas, el horror del insomnio, el llanto silencioso de las mujeres en esos dos días en el aserradero. Con los ojos bien abiertos permanecieron de pie, perplejos ante el espectáculo.

Días antes de su fallecimiento, el abuelo me llamó con esa voz fuerte a la que estábamos acostumbrados en la casa. Pensé en la partida de ajedrez que había quedado en tablas la noche anterior, en el libro *El perfume* que leí en voz alta y el comentario escrito sobre Patrick Suskind. En mi memoria el abuelo y la corrección del texto con lápiz rojo.

Cuando llegué a la biblioteca se levantó de su butaca de cuero. Vi como corrió uno de los cuerpos de la enorme biblioteca. Ante mis ojos apareció ese color negro y brillante de la caja fuerte marca Mosler; dándome la espalda la abrió, volvió a mirarme, me tomó del brazo y me dijo que todo lo que había en esa caja fuerte, era mío. Sin agregar otra palabra, comenzó a mostrarme las escrituras de las casas y de las haciendas y los aserraderos, su colección de relojes, desde el primero que usó, el reloj de los tres oros marca Longines, del año mil ochocientos treinta y seis. Su colección de pipas de diferentes marcas y maderas: de olivo de brezo, de bambú, los paquetes de picadura Osidiam y su pipa preferida, la que compró en Inglaterra, marca Dunthill. El plumín grabado a mano con punta de iridio y su estuche de piel. Las fotografías, el brillo oscuro del pasto, sus búfalos en Leticia. El dinero, las joyas de los préstamos que le hacía a los amigos y más fotografías de cuando consumió hachís en la manigua; *La Odisea* de Homero y *Ulises* de Joyce, con anotaciones al pie de cada página. La cajita de música y la bailarina vestida de organdí y el *Vals de Las flores*

de Tchaikovsky. Me quedé con aquel asombro apretujado en la garganta. Le prometí al abuelo guardar silencio frente a lo que había visto y oído, él no me lo pidió, pero a mis quince años quería que fuese así.

Después de su muerte y de los acontecimientos que se sucedieron, la tía Dinora grita que la lluvia humedece su cuarto, que alguien la vigila a través de los biombos y las cerraduras. Todo el tiempo repica que su padre nunca le confió la clave de la caja y que tampoco nunca logró ver el orden secreto que durante años giró alrededor de aquel armazón de acero. En una sucesión de gestos vocifera que nada es igual al espacio en blanco que se ha abierto en su mente, que construye un iglú para salvarse de los lobos, que seguirá cantando hasta ahuyentarlos. Dinora mira la caja fuerte que fue colocada de nuevo en el sitio de siempre, continúa en una repetición de nombres y de cifras que nadie ha oído, enumera cosas que nunca fueron suyas.

La única persona que sabía lo que contenía la caja fuerte era yo, y decidí callarlo. Con sus manos temblorosas el abuelo me entregó las llaves y la combinación exacta para abrir la codiciada caja. Aún el abuelo me susurra la misma numerología desde la profunda oscuridad de su nada.

## Amparo Romero Vásquez

Colombia (Cali, Valle del Cauca, 1951)

Fundadora y Presidenta Fundación de Poetas Vallecaucanos de 1995 hasta la fecha. Libros publicados: Poemas: La canción del fuego, Colección Un libro por centavos -Decanatura Cultural- Universidad Externado de Colombia (2019). La danza de los hilos (2017). Salmódia de los días tristes (2014). Memoria de la nada (2010), Universidad del Valle. Revelaciones del Silencio (2002), Medellín. Poemas para danzar entre el fuego (2000). Sudores cobrizos (1997). Los gritos de las columnas (1992). Silente Evocación (1988). Ensayos: Verbum. Poetas Colombianos (2001). Historia de los árboles (1974). Premios: Beca Estímulos Pontificia Universidad Javeriana (2017). Premio Eduardo Carranza (2016). Premio Jorge Isaacs de poesía (2012). Premio Un mar de poesía para Meira, Cereté (2009). IV concurso Bonaventuriano de cuento (2008). Premio Casa de Poesía Porfirio Barba Jacob, Medellín (2003). Premio Carlos Héctor Trejos Reyes, Riosucio (2003). Premio Internacional Del Rey Ocho Venado, México (2001). Premio Ciudad San Vicente de Chucurí (1998). Premio Hispanoamericano de Poesía y Cuento, Revue El porte des poètes, Paris (1993). Premio Casa de la Cultura y Revista El Candil (1986). Premio de cuento: La Rebelión de los árboles (1974).



# Grieta

*Clara Llano Restrepo*



**R**ecostadas contra la baranda del tercer piso mirábamos el interior del edificio: el cubo que forman los balcones del colegio, las puertas de los salones dispuestas de manera simétrica a lo largo de los corredores, y en la base de la estructura rectangular, el patio de recreo de primaria, que se despejaba de niñas después de sonar la campana: esas que ahora nos parecían pequeñas y consentidas, pues cursábamos nuestro primer año en el bachillerato y comenzaba el período, anunciado por las directivas, en que nos forzarían a madurar.

Conversábamos sobre la clase de las once, no la siguiente, no matemáticas sino religión:

Qué pereza, qué hartera, no puede ser, aguantarnos a esa señorita. ¿No quieren que seamos profesionales? ¿Que sirvamos a la sociedad?, ¿Y nos ponen como profesora a esa vieja? ¿Que no conoce ni la teoría de la evolución? Solo le falta el hábito. Pero se viste como una monja ¡Con este calor! Quién sabe qué le hicieron de pequeña. El problema es lo que no le hicieron. Por eso vive

resentida con los hombres. Y con los ricos. Dicen que la echaron de un convento. Seguro fue por maliciosa. Qué va, si en los conventos todas son así. ¿Y por qué no la echan de este colegio, si la Directora es tan inteligente? ¡Y tan estricta!

Pero bueno, dejen la quejadera, nos interrumpió Olivia, porque a ella no le gustaban los chismes ni las especulaciones: le gustaba la acción.

La miramos con esperanza; le suplicábamos que propusiera algo para salvarnos de la tremenda monotonía. Necesitábamos un cambio y contábamos con Olivia, la única que se atrevía a tocar la campana para salir a recreo, quince minutos antes de la hora establecida.

La señorita Eugenia entró al salón con su caminar despacioso, el libro de cuero café oscuro en la mano, un rosario de madera sobre la camisa negra, anteojos rectangulares de grueso Carey y sandalias franciscanas.

–Dios las bendiga –dijo mirando al piso.

Nadie respondió.

–¿Para otras cositas si están animadas, no niñitas?

Se sentó en el asiento del profesor y abrió el libro, sin levantar la vista. No percibió el estado de conmoción que compartíamos sus alumnas de primero de bachillerato.

Y empezó nuestro martirio de los miércoles.

–¿Eres cristiano? –Soy cristiano por la gracia de Dios.

Ah, siempre empieza igual, pensé. Miré a Olivia. Se movía en el asiento como si le hicieran cosquillas. Impaciente porque sucediera algo; segura de que nos divertiríamos. Yo tenía la esperanza de sacudir a esa profesora que solo se interesaba en criticarnos. Pero, a diferencia de Olivia, temía las consecuencias.

–¿Qué quiere decir cristiano? –Cristiano quiere decir discípulo de Cristo.

Me preguntaba por qué la señorita Eugenia repetía la pregunta en la respuesta. Por qué dos veces lo mismo. ¿Para demorarse más? O piensa que somos brutas, mal pensadas. Sí, proyecta su mente torcida sobre nosotras.

¿Cuál es la señal del cristiano?

La señal del cristiano es la Santa Cruz.

–¿Por qué la Santa Cruz es la señal del cristiano?

–La Santa Cruz es la señal del cristiano porque en ella murió Cristo para salvarnos.

–¿Cómo puede ser el pecado?

–El pecado puede ser mortal y venial.

Olivia me miró con un signo de interrogación en la cara. En otras circunstancias, ella no aguantaría la curiosidad de preguntarle a la profe por el significado de la palabra venial; pero en ese momento, por encima de todo, estaba el pacto de silencio. Olivia me hizo una venia. Sonreí.

Por un rato seguí escuchando preguntas y respuestas, como si la voz de la señorita Eugenia viniera del purgatorio. Me desgoncé sobre el pupitre. El cielo raso traqueaba. El calor de mediodía se apoderaba del ambiente. Las palabras de la profesora anestesiaban las mentes, el hambre adormilaba los cuerpos.

Acosté mi mejilla sobre los brazos. Las compañeras de la izquierda quedaron en mi campo visual. Se recostaban contra la pared. Una bostezó sin taparse la boca y dos tenían los ojos cerrados. Incluso Olivia se había rodado en el asiento a tal punto, que estaba sentada sobre las lumbares y a punto de subir las piernas en el escritorio.

Para no profundizarme, me esforcé por recordar el momento en que entramos del corredor al salón y se formó el corrillo alrededor; seis o siete con la barbilla apoyada en el hombro de las que estábamos adelante; cuatro sentadas sobre un pupitre; Mariángela y Olivia

paradas en los asientos para ver; las que entraban de recreo escuchaban desde lejos... y era como una queja colectiva, aguda, parecida al canto de las chicharras bajo el sol incandescente.

Las porras, que competían por los primeros puestos, permanecieron alejadas del griterío.

—Rápido, ya viene por el corredor —nos avisó Mariángela.

Miramos a Olivia con angustia. Al fin, ella lanzó una propuesta:

—Que nadie hable; que nadie pregunte ni responda nada en clase de religión.

Las que formábamos parte de ese semicírculo sentimos una emoción medio desconocida. Un poder que nos reunía, un viento que nos seducía y a la vez nos podía pelar la piel. La acción era extrema pero la cuestión simple: no nos cabía una palabra más de la señorita Eugenia.

—¿Y qué pasa si alguna habla? —pregunté.

En ese momento, la señorita Eugenia alzó la voz sobre mis recuerdos.

—¿Quiénes van al infierno?

Me estremecí.

—Ajá niñitas, se están durmiendo. A ver, díganme ¿Quiénes van al infierno?

Todas nos despertamos, pero nadie contestó.

La señorita Eugenia nos miró por primera vez con detenimiento. Comprobé que esa profesora no veía casi nada, a pesar de que usaba lentes muy gruesos, pues tuvo que levantarse de la silla para observar.

—O sea que nadie me puso atención todo este rato, haciendo yo el esfuerzo de enseñarles, por Dios.

Yo creo que percibió nuestra alteración, que aumentaba con sus preguntas. Se dio cuenta de que tramábamos algo, pero disimuló.

–Tal vez les hice una pregunta muy difícil, respondan mejor esta: ¿Cuál es la oración más excelente?

Luisa Fernanda alcanzó a levantar la mano, pero antes de que sobresaliera, Mariángela, desde el puesto de atrás, se la bajó. La profe sintió un movimiento de brazos, de cabezas. Volcó sus ojos hacia ese sector del salón.

–A ver, por aquí que son tan aplicadas, dígame Mariángela ¿Cuál es la oración más excelente?

Aguanté la respiración. Olivia me miró. Mariángela agachó las orejas como perrito que pide perdón a su amo. Tomé aire y miré a Olivia: también pudo respirar.

–Acuérdense que Dios castiga. Ninguna de ustedes quisiera pasar la eternidad en el purgatorio. Se los aseguro niñas. Ya hicieron la Primera Comunión, son siervas de Dios ¿Cuál es la oración más excelente? –dijo, casi gritándonos.

Todas sabíamos la respuesta y las de adelante se notaban ansiosas por contestar, pero atendieron las miradas de advertencia de la mayoría, y se tragaron el Padre Nuestro.

Miré a Olivia. Su sonrisa era de momento único y feliz. Volteé hacia atrás. En casi todas las compañeras del salón percibí la satisfacción al ver reaccionar a la señorita Eugenia; la esperanza de ganar la batalla contra la monotonía; la fuerza de estar unidas en una causa. Yo tenía rabia contra la profesora porque su manera de reaccionar demostraba su desconfianza hacia nosotras, la astucia que usaba en contra nuestra, la indolencia frente al silencioso grito de protesta.

–Bueno, mi paciencia se está colmando –dijo a manera de advertencia, y abrió la página, ayudada por la cinta separadora.

Acercó el libro a los ojos. Se demoró un poco en leer. Una araña recorría mi estómago.

—¿Es conveniente hacer oración a los ángeles y a los santos?—preguntó mientras enfocaba la vista en Luisa Fernanda.

Un silencio incómodo, una agresión muda, un enredo de nervios templados se percibía en el salón de clases. Algunas compañeras buscaban a Olivia con los ojos, y ella las miraba con intensidad, les trasmitía coraje para mantener el silencio.

Yo estaba atormentada por lo más difícil, la advertencia que acordamos, de manera apresurada, en caso de que alguna traicionara el pacto. Un castigo que no se compadecía de nuestra feminidad; que ninguna de nosotras querría ejercer, y que nos podría ocasionar severos castigos y graves consecuencias.

—¿Por acá si me oyeron? A ver Luisa Fernanda, yo no sabía que usted es de las que levanta la mano y después muestra el codo, dígame ¿Es conveniente hacer oración a los ángeles y a los santos?

Se me heló la sangre. Olivia abrió los ojos como una lechuza en mitad de la noche. Ninguna se movió, ni siquiera voltearon para mirarse unas a otras.

Luisa Fernanda —que esperaba la ruta en el mismo paradero que la señorita Eugenia y no estaba en condiciones de arriesgar su beca en el colegio— sin levantarse de la silla y con los ojos clavados en el cuaderno, como si fuera posible pasar desapercibida, dijo en voz baja y muy de prisa:

—Es conveniente porque interceden por nosotros delante de Dios.

Sus palabras rechinaron en el salón de clase como si la solista del coro, en plena ceremonia de grado, hubiera desafinado la nota más alta de *Las Simples Cosas*.

Sentí que la ruptura del pacto de silencio abría una grieta entre nosotras, en la fuerza de nuestro grupo, en la esperanza colectiva de vencer la estupidez. Olivia agachó

la cabeza, y en el salón de clase retumbó el ruido que produjo el golpe de su frente contra el pupitre.

Las miradas de unas a otras cruzaron el espacio en todas direcciones. Saltaron chispas en los encuentros de todos esos rayos oculares.

La señorita Eugenia terminó su clase y salió con su libro de cuero en la mano, una sonrisa de lado que mostraba algo de satisfacción y cierta crueldad, como si llevara un trofeo –fundido con la materia de nuestros fracasos– a la rectoría. Luisa Fernanda fue la única que no la vio. Mantuvo sus ojos clavados dentro del pupitre mientras organizaba sus cuadernos. Mariángela, Olivia y otras compañeras no dejamos de mirarla durante el tiempo que tardó en sacar un cepillo; peinarse y coger una cola de caballo en su pelo mientras sostenía la tapa del pupitre con la frente; tomar el balón que colgaba del asiento entre la malla, y salir del salón como un gato furtivo entre las cornisas. Esperamos que avanzara por el largo corredor y la seguimos hasta las canchas de arriba, tan solitarias a mediodía.

### Clara Llano Restrepo

*Colombia (Cali, Valle del Cauca, 1967)*

*Trabajó en investigaciones sobre la relación de los habitantes con el espacio público, con el medio ambiente, con los ríos, con los territorios de comunidades negras e indígenas. Es coautora de los libros: La Chicha, una bebida fermentada a través de la historia (1994); La gente de los ríos (1998), escrito con sus pobladores; y de artículos como “Plaza de Bolívar: la manzana de la discordia” y “La tradición cultural del pueblo indígena Awá”. Cursó una Maestría en Escrituras Creativas, y eligió el género del cuento, que hasta hoy es su desvelo y fascinación. Tiene cuentos publicados en las antologías: Cuentan. Relatos de escritoras colombianas contemporáneas (2010) de Sílabas Editores y Ópera prima. Antología de cuentos de la Universidad Nacional de Colombia Maleza (2016) es su primer libro de cuentos.*



# La rumba, son, palo muerdo

*Pilar Quintana*



S oñó que estaba sonando esa canción que dice “La rumba, son, palo muerdo” y cuando se despertó estaba sonando “La rumba, son, palo muerdo”. Aunque pensaba, leía, soñaba en español y les entendía muy bien a los negros, de quienes la gente del interior pensaba que hablaban enredado, las letras de las canciones le costaban trabajo. Sabía que el estribillo “La rumba, son, palo muerdo” no tenía ningún sentido y que seguro lo estaba entendiendo mal. Había una canción que, durante mucho tiempo, estuvo convencido de que decía “Te vio nacer una garza en el aire” cuando en realidad decía “Te voy a hacer una casa en el aire”. Rosa se rio a carcajadas con eso. En aquella época a él le daba rabia que ella se burlara así, pero con el tiempo dejó de importarle y terminó por reírse también.

Estaba en la silla de ruedas junto a la ventana del cuarto. Ya no podía caminar ni levantar los brazos, pero todavía movía los dedos de las manos y era capaz de agarrar algunos objetos. Dominaba los músculos de la cara, los gestos le salían bien y se le entendía lo que hablaba.

Cuando era niño y todavía vivía en Irlanda conoció a un hombre que movía las orejas. La impresión que daba era que tenía unas alas atrofiadas. Ahora, aunque no sirvieran para volar sino solo para impresionar niños, a él le gustaría tener unas pequeñas alas en la cabeza.

A veces podía sostener la cabeza erguida. Pero esos días se espaciaban cada vez más y hoy no era uno de ellos. El médico les dijo que era mejor no amarrársela al cabezal de la silla para evitar que los músculos del cuello se volvieran perezosos y se atrofiaran más rápido. Así que andaba con la cabeza caída, descolgada sobre un hombro, como esa gente que se duerme en cualquier lado.

Operó la palanca de adelantar en el brazo de la silla. Salió del cuarto, cruzó la sala y luego el pasillo que lleva hacia la parte vieja de la casa. La parte vieja fue la primera que construyeron y por novatos, tacaños o por dárselas de originales hicieron las puertas más angostas que las estándar. Damaris, la señora que los ayudaba con los oficios de la casa, era una mujer grande y tenía dificultades para cruzarlas. La silla de ruedas no cabía.

Se detuvo en el vano de la puerta estrecha que marcaba la frontera entre la parte nueva y la parte vieja de la casa, a la que él ya no tenía acceso. El piso del lado de allá se estaba descascarando. Tenía listo el barniz para mandarlo a repintar, pero antes de hacerlo los restos del viejo barniz debían ser retirados con una lijadora y Rogelio, el marido de Damaris, quien se encargaba de los oficios más pesados, le sacaba el cuerpo a ese trabajo ingrato que se hacía en cuatro patas y siempre encontraba algo más urgente en que ocuparse afuera de la casa.

Desde donde estaba, aparte del piso, él solo alcanzaba a ver una porción pequeña del estudio. Rosa no estaba ahí. Retrocedió hasta la sala de la parte nueva y se ubicó en

una de las esquinas. Si hubiera podido levantar un poco la cabeza habría podido ver dentro del altillo que al principio había sido el cuarto de los dos y que ahora Rosa usaba para leer o hacer la siesta.

-Rosa -llamó en voz alta.

Ella no respondió.

Al otro lado del altillo y el estudio, en la parte vieja de la casa había un balcón en ele y una cocina que era su orgullo. Usó el tronco de un árbol caído para hacer la barra y se esforzó en pulirlo para que resaltara la veta natural. El mesón era un mosaico de baldosines en colores tierra que armaron entre los dos como un rompecabezas. Todo el mundo tenía palabras de admiración para esa cocina.

Aunque ya no podía recorrerla ni usarla se la sabía de memoria y si cerraba los ojos la veía como si estuviera ahí: los colores de los baldosines, los botones de las puertas de la alacena, los ojos en las tablas de la pared, profundos como agujeros negros del espacio.

Cuando construyeron la parte nueva a él no se le había manifestado la enfermedad. Por fortuna, al ver los trabajos que pasaba Damaris en la parte vieja, construyeron las puertas de la parte nueva con medidas más amplias que las estándar. Así que la silla podía moverse por la parte nueva con comodidad, aún con el mueble aparatoso que Rogelio -un carpintero mediocre- le construyó a Rosa para su colección de conchas y piedras encontradas en la playa.

Además del cuarto y la sala, en la parte nueva de la casa había un baño de cuatro metros cuadrados con tina y clósets de pared a pared. Rosa lo diseñó a su antojo y él le dio gusto en todos los detalles: la amplitud, la distancia entre los anaqueles del clóset, el tamaño inmenso de la ventana y la biblioteca sobre el inodoro. Fue hacia allá. La puerta estaba abierta y se asomó. Rosa no estaba en el baño.

Decidió buscarla afuera de la casa y bajó por la rampa. La casa era una cabaña rústica elevada sobre palafitos. Él conocía cada uno de sus clavos y juntas y todas sus piezas de madera. Las había cortado y unido con sus manos. Antes, en la época en que todavía podía sentirla con el tacto, le parecía que la casa y él estaban comunicados, que ella era una prolongación de su cuerpo. Ahora solo la sentía en los chirridos de las tablas bajo las ruedas de la silla y en el olor a madera húmeda que se alborotaba cuando llovía.

Desde afuera, por los ventanales, podía ver todo el estudio. “La rumba, son, palo muerdo” salía de los parlantes conectados al portátil, que estaba abierto sobre el escritorio. No había rastros de Rosa ahí. Siguió avanzando. Rodeó el balcón en el que englobaba la cocina y llegó al patio trasero donde Damaris colgaba la ropa recién lavada para que se secase. Rosa no estaba por ningún lado.

La vio por última vez, a través de la ventana del cuarto, cuando se estaba quedando dormido. Ella estaba pasando por el jardín del frente, descalza y en una bata amarilla de dormir. Llevaba el pelo, que tenía todo blanco, en desorden y la cara maquillada. Últimamente le había dado por maquillarse: se pintaba la boca de café oscuro, las mejillas de rosado y los párpados de azul. Parecía una loca.

“La rumba, son, palo muerdo” se acabó y volvió a empezar. Rosa no ponía música muy a menudo, pero cuando lo hacía se dedicaba nada más que a escucharla. Se sentaba en el escritorio, frente al portátil, y cantaba o se ponía de pie y bailaba con los ojos cerrados. A veces se obsesionaba con una sola canción y la repetía una y otra vez.

Le preocupó que hubiera bajado al pueblo. Era domingo. Tal vez se había quedado sin aguardiente y, como ese día Rogelio y Damaris no venían, decidió ir ella mis-

ma a comprarlo, así como estaba, en una bata de dormir, descalza, despeinada y maquillada.

Lo que más lo intranquilizaba, sin embargo, no era la vergüenza de que la vieran en ese estado, sino que se cayera en las escaleras puntiagudas del acantilado, se resbalara en las peñas llenas de lama amarilla en la playa de este lado, la chuzara un pejesapo mientras atravesaba el estero o, ya al otro lado, se le enterrara en la planta de los pies un clavo oxidado o un vidrio de las botellas que los niños del pueblo estallaban a pedradas cuando no tenían nada mejor que hacer.

Él casi nunca usaba su celular y a veces se le descargaba sin que lo advirtiera. No le costó trabajo encontrarlo en el bolsillo lateral de la silla, pero sí un gran esfuerzo agarrarlo y mucho más sacarlo. Estaba descargado.

-Mierda -dijo-, mierda, mierda.

Volvió a la casa. Se demoró unos momentos en acostumbrarse a la oscuridad del interior y tropezó con el mueble aparatoso de las conchas y las piedras. Algo se cayó y se rompió. Era la caracola preferida de Rosa, una grande y rara, de seis puntas. Cerró los ojos y suspiró. Ella lo iba a matar.

Fue al cuarto. Buscó el cargador en su mesa de noche, donde siempre lo dejaba. No estaba conectado al enchufe ni caído en el piso. Tampoco estaba en la mesa de noche de Rosa ni en el enchufe de su lado. Bajó por la rampa y se asomó otra vez por el ventanal para examinar el estudio con más cuidado. El cargador estaba ahí, bien al fondo y fuera de su alcance, sobre uno de los parlantes de donde salía "La rumba, son, palo muerdo".

Hacía tiempos que Rosa -no se entendía dónde ni cómo- había perdido su cargador. Él vivía diciéndole que se consiguiera otro y ella le respondía que lo haría, pero

seguía usando el suyo y siempre se le olvidaba devolverlo, y así era como ahora él no podía llamar a Rogelio ni a Damaris ni a Rosa ni a nadie.

–Maldita sea –dijo y luego gritó lleno de rabia y lo más fuerte que pudo con una voz que le salió temblona–: ¡Roosaaaa!

Nadie respondió.

Contrariado, dio media vuelta, dejó hundida la palanca de adelantar hasta el fondo y avanzó en línea recta hacia el borde del acantilado, con el pasto del jardín y un pedazo minúsculo de cielo en el ángulo de su visión, a toda la velocidad que daba la silla, que no era mucha. El zumbido del motor se impuso como un abejorro sobre “La rumba, son, palo muerdo”.

Una vez, por estar maravillado con el tamaño de un buque de carga que navegaba paralelo al horizonte –el más grande que hubiera visto jamás–, no se detuvo a tiempo y una de las ruedas delanteras se salió al abismo. Por un momento pareció que la silla iba a mantenerse equilibrada, pero pronto se ladeó y empezó a rodar por la pendiente. En ese punto el acantilado tenía más de treinta metros de altura y era escarpado y estaba cubierto de monte. La silla se volcó y él rodó de cabeza un par de metros más, con la silla encima, hasta que lo detuvieron unos arbustos de icaco, que tienen unas ramas y raíces poderosas y fueron capaces de aguantarlo.

A Rogelio, que en ese momento estaba trabajando en el jardín, no le tomó demasiado tiempo darse cuenta de lo ocurrido. Primero sacó la silla y luego lo alzó a él en brazos. Tenía clavada en el hombro una astilla gruesa de los icacos y la cara, el pecho y los brazos llenos de rasguños.

Desde entonces ponía especial cuidado en frenar a tiempo. Un árbol de limón marcaba la proximidad del

abismo. Antes de alcanzarlo retiró la mano de la palanca de adelantar. Aunque sus movimientos no eran rápidos, si se lo proponía podían ser precisos. Para cuando rebasó el árbol de limón ya tenía la mano sobre el freno y la silla se detuvo a una distancia prudente del acantilado.

La marea estaba en su punto más alto. No quedaba playa de este lado y las olas estallaban contra la pared de peñas. Ellos no tenían canoa y Rosa solo podía cruzar caminando cuando la marea bajaba y el estero se vaciaba de agua. De eso hacía por lo menos dos horas.

Él no sabía con exactitud cuánto tiempo había dormido ni hacía cuánto la había visto en el jardín. Calculaba que no podrían haber pasado más de treinta o cuarenta minutos. En ese momento la marea debía estar más alta que baja y Rosa no habría podido irse al pueblo. Lo tranquilizó saber que estaba dentro de la propiedad.

Al otro lado del estero estaban las primeras casuchas del pueblo y había unos niños jugando semidesnudos en la arena. Al fondo, sobre el mar, una nube oscura amenazaba con lluvia. Lo único que se oía era la furia del mar.

“La rumba, son, palo muerdo” volvió a oírse cuando se acercó a la casa. Rosa no había regresado. Le dio otra vez la vuelta al balcón para buscar el camino a la quebrada, que quedaba detrás de la casa.

Luego de que terminaron la parte vieja, él construyó –con ayuda de Rogelio– un muro de contención en la quebrada. La idea era tener una reserva de agua durante el verano. Ahora la represa era una piscina de agua corriente. Tenía casi un metro y medio de profundidad y varios más de ancho. Rosa podría estar ahí, nadando.

El camino a la quebrada no era fácil para la silla de ruedas y hacía mucho tiempo que no lo recorría. Era oscuro, en bajada y estrecho, con vegetación tupida a lado y lado.

Estaba lleno de charcos, piedras, palos caídos, raíces gruesas que sobresalían de la tierra, desniveles, y él tenía que andar con cuidado –ni muy despacio ni muy rápido– si no quería volcarse o quedar atrancado.

“La rumba, son, palo muerdo” se oía cada vez más lejos. Alcanzó a escuchar, muy tenuemente, que se acababa y volvía a empezar. Luego ya no se oyó nada más que el tumulto de la selva. La quebrada estaba cerca, pero como la noche anterior no había llovido el agua corría suave y silenciosa.

El camino y la selva se abrieron para dar paso a la quebrada. La claridad repentina del lugar lo deslumbró. Aun así pudo ver, de un solo golpe, como si se tratara de una fotografía, lo que había pasado. Rosa no nadaba en la superficie, sino que estaba en el fondo de la quebrada, boca arriba y muy quieta.

La angustia de verla ahogada lo hizo descuidarse y una de las ruedas se hundió en un hueco. Estaba muy cerca del borde de la quebrada y, sin que pudiera hacer nada, la silla se volcó sobre el agua como en cámara lenta y él empezó a hundirse de cabeza.

Ahora que estaba dentro del agua vio con claridad que no se trataba de Rosa. La bata amarilla era una peña grande llena de lama; la boca pintada de café oscuro, una hoja muerta, y el pelo blanco, una bolsa plástica rasgada.

Rosa tampoco estaba en la quebrada y él se estaba ahogando. Se la imaginó extraviada en algún punto de la selva que lo rodeaba, ajena a todo y sin conciencia de que estaba perdida.

La música de la casa no alcanzaba a oírse en la quebrada, mucho menos ahora que estaba del todo sumergido, con la silla de ruedas haciéndole presión encima. Pero la oyó en su cabeza y de repente –sin saber por qué ni

cómo- entendió la letra y la línea que seguía y pensó en lo mucho que Rosa se reiría si le contara lo mal que la había entendido siempre. La canción decía “Las tumbas son pa’ los muertos y de muerto no tengo na”.

Entendió incluso la ironía.

### *Pilar Quintana*

*Colombia (Cali, Valle del Cauca, 1972)*

*Estudió Comunicación Social en la Universidad Javeriana de Bogotá. Trabajó como libretista de televisión y redactora de textos para publicidad. Viajó tres años por el mundo y a su regreso a Colombia se radicó en el Pacífico colombiano. En 2007 fue elegida como uno de los 39 escritores menores de 39 años más destacados de América Latina por el Hay Festival. En 2010 su novela Coleccionistas de polvos raros recibió el premio La Mar de Letras, otorgado por el festival La Mar de Músicas de Cartagena, España. En 2011 representó a Colombia en el International Writing Program de la Universidad de Iowa. Ha publicado las novelas Cosquillas en la lengua (Planeta, 2003), Coleccionistas de polvos raros (Norma, 2007; El Aleph, El Cobre, 2010), Conspiración iguana (Norma, 2009); La colección de cuentos “Caperucita se come al lobo” (Cuneta, 2012) y La perra (Random House, 2017), además de cuentos en revistas y antologías en Latinoamérica, España, Italia, Alemania, Estados Unidos y Filipinas. En 2018 su novela La perra recibió el IV Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana.*



# Ajena

Beatriz Libreros



A noche estaba invitada a la cena de Marcela C. La acababa de saludar de beso en la mejilla, y sintió su mirada de arriba a abajo y luego una sonrisa aprobatoria que la tranquilizó. Eso quería decir que estaba bien arreglada para la ocasión. Había escogido un vestido negro de seda crepé a la rodilla, ni largo, ni corto, con manga sisa y un poco de escote que insinuaba el busto. Los aretes de amatista incrustados en un rectángulo de oro, hacían juego con el dije colgado en la cadena de 18 quilates que emitía chispeantes brillos en los filudos cortes del cuarzo debido al reflejo de las lámparas del salón sobre la piedra púrpura.

La cartera estilo Chanel, acolchada con pequeños rombos cosidos con gruesas costuras, colgaba bajo el brazo sujeta de un cordón de doradas argollas en perfecta combinación con los zapatos negros y las medias veladas también de un tenue negro que estilizaban su figura. «No puedo con las medias», pensó mientras se las ponía, pues le parecía demasiado incómoda la sensación de tener las piernas oprimidas en medio de dicha malla elástica, y además la delicadeza de su tejido

siempre le hacía pasar malas jugadas al ponérselas pues muchas veces se le iban y su dedo quedaba metido en el roto del nylon que miraba desconcertada: ¿y ahora qué hago? Desde que retiraba la cinta adhesiva que sella el paquete y sacaba el cartón que las envuelve, le parecía que saltaban como si fueran a pegarle en la cara y reaccionaba echando la cabeza hacia atrás como una especie de mecanismo de protección o reflejo incondicionado. Superado el susto, enfrentaba el par de medias que suspendía en sus manos y notaba que se había recogido solo, hacia la parte del pantalón donde la textura del elástico era más tupida y se convertía en dos cortos trozos de tela o tiras de resorte difíciles de manipular para ponérselas.

Con extremo cuidado, introdujo el pie estirando la media hasta el tobillo, subió por la pantorrilla, se detuvo en la prominencia de las rodillas tirando con suavidad para evitar la creación de pliegues en las rugosidades de la piel. De ahí pasó a los muslos donde al final cedió ajustándose a las piernas y las caderas. Así, acabó la faena de ponerse esta prenda, suspiró aliviada al comprobar que lo había logrado sin ningún percance a la vista, y continuó con el vestido y los zapatos. Se aplicó perfume detrás de las orejas y bajo las muñecas, dio unos últimos arreglos al pelo frente al espejo, y metió un labial en la cartera para hacerse un retoque en los labios después de comer. En la puerta de entrada, le entregó a Marcela una botella de Trío -merlot de Concha y Toro comprado en Chile-. La anfitriona celebró el amable gesto que aprobó gustosa, se veía que era un vino que apreciaba bastante, y le señaló con la mano hacia el interior de la casa para que siguiera y entrara: «Adelante, ya han llegado varias personas», le dijo atenta.

Nora dio unos pasos y se detuvo a contemplar el salón donde las lámparas Tiffany colgaban del techo como enormes candelabros de cristal en varios niveles colmados de

lágrimas bajo las copas de las bombillas que llenaban el espacio de la casa de luz y resplandor. Se dirigió a un grupo de invitados que estaba parado y luego donde otro que se encontraba sentado en un cómodo sofá. Saludó con un «Hola, ¿cómo estás?», que alguien respondió con un «Muy bien, gracias». Le transmitió seguridad la actitud receptiva de quienes encontraba en el camino. Su aprobación la hacía sentirse cómoda en este tipo de eventos. No siempre era así, pero en estas circunstancias se hallaba vulnerable a la opinión de los demás, como si fuera esa la verdad definitiva mientras que sus criterios se convertían en algo intrascendente. Era como si los otros fueran su espejo y ella dependiera del reflejo que le devolvían.

Fue así como empezó a notar que reparaban en sus labios y pensó que tal vez había usado un labial muy fuerte al maquillarse. Se sintió insegura respecto a su apariencia puesto que se había tomado la libertad de escoger un lápiz intenso que le gustaba bastante sin prestar atención a las últimas tendencias de la moda que aconsejaban los tonos claros, sobre todo, el palo de rosa. No era que fuese ajena a las novedades en el maquillaje, de vez en cuando pasaba por las tiendas y se enteraba de aquello que estaba en furor, pero había querido darse esa pequeña licencia porque le atraía el contraste entre el carmesí de los labios pintados así fuertes y la palidez de su piel. Le parecía que encendía su rostro llenándolo de vida mientras que el rosado lo opacaba. La impresión de las miradas sobre ella era tal que empezó a percibir en su cara una mancha roja cada vez más grande, una especie de coágulo de sangre pegado a la piel, una herida abierta cuyas gotas de sangre caían sin parar. Le dio pavor y se metió a un baño a limpiarse con un pañuelo desechable buena parte del labial, lo que la hizo sentir mucho mejor. No le gustaba ser objeto de atención

en los actos sociales, no quería ser centro de los chismes que abundan en las conversaciones del día siguiente cuando se hace un análisis completo de la vestimenta, el aspecto, el comportamiento y los modales de los asistentes. Algo así como: Ring, ring, «Aló, sí, ¿quién habla?». «Amiga, soy Hilda. Te cuento que se me dañó la fiesta anoche con ese labial tan chillón que se puso Nora. No podía mirar hacia ese lado». «Fatal. Necesita asesor de imagen. ¿Cómo se le ocurre aparecerse así en tu casa?». No, no, no, nada de eso debería pasar después...

«¡Qué maravilla de arreglos florales!», exclamó al ver las flores en los jarrones con los pétalos abiertos y finos, como recién cortados del jardín. La extasiaban las rosas rosadas, ¿qué podía hacer? Y las apreciaba ahí en grandes cantidades en todo su esplendor junto con las aves del Paraíso que sobresalían altivas entre las otras con la longitud del tallo, la cresta de pájaro naranja y el pico levantado hacia el techo.

Un mesero de saco blanco y corbatín negro extendió una bandeja de plata llena de vasos y copas con tragos frente a ella, le preguntó qué deseaba tomar y optó por un vino tinto, le producía buen efecto y disfrutaba su sabor, cosa que no le sucedía con otros licores. Llevó la copa cerca de la nariz para percibir aromas a frambuesas, rosas, vainilla, madera, miel y chocolate. Movié el recipiente para conocer el espesor y vio que se formaban lágrimas violáceas sobre el vidrio lo cual le indicaba que tenía grandes cantidades de glicerina y un alto contenido de alcohol. Probó con la punta de la lengua y la apretó contra el paladar; obtuvo una serie de sensaciones dulces y cálidas, y otras amargas y ácidas. Aprobado, estaba delicioso. Bebió un sorbo grande y terminó de saborear su buena calidad.

Miró a su alrededor, los invitados le sonreían alegres y simpáticos, mientras avanzaba desenvolviéndose con plena confianza entre ellos. Los halagos de un «Qué bonita estás», y el gesto acogedor de los presentes la tranquilizaron. ¿Aprobada? Parecía que sí. Se olvidó un poco de las miradas que juzgan, se desplazó resuelta por el salón, llegó hasta el comedor donde curioseó el atractivo buffet compuesto de apetitosos manjares. Se alegró de no ser más vulnerable a las críticas. Quizás eran los efectos del vino, pensó; la relajaban física y mentalmente desde que sus labios percibían un leve cosquilleo al tocar la bebida de uvas fermentadas, su cuerpo dejaba atrás toda tensión, los músculos y nervios se aflojaban, incluso creía que los huesos también cedían a la rígida opresión de la estructura ósea. Las ideas brotaban por doquier, rápidas, fáciles, sueltas al aire volando como pájaros, ligeras, fluidas, sin límites ni barreras, sin ansiedades ni enojos. La vida, de pronto, se hacía más llevadera y le daban como risa las situaciones que sucedían en su entorno.

¡Salud! Alzaba la copa por donde pasaba, brindaba con rostros que le parecían conocidos. Revoloteaba como mariposa por diversos grupos, conversaba aquí y allá, bromeaba, iba y venía divirtiéndose. La noche prometía ser entretenida y ella estaba dispuesta a pasarla bien. Pensó en lo renuente que era a salir y sin embargo, llegado el momento en que se encontraba en medio de la gente, no sufría tanto como había pensado cuando todavía estaba a solas. ¿Cuántos tragos llevaba para ver todo tan agradable y fácil de manejar?

Había divisado a dos amigas muy queridas en un sofá y fue a saludarlas con un cálido abrazo. Cabía perfectamente en el amplio sillón y decidió sentarse en él para hablar un rato. Justo cuando se disponía a acomodarse

en medio de las dos mujeres, se le engarzó la cartera en una media y se le rompió en la parte del muslo. ¡No podía creerlo, no! Cerró los ojos horrorizada y cayó lívida sobre el mueble sin musitar palabra tapando con el bolso el agujero. «¡Odio las medias veladas, sí realmente las odio!», ratificó tras el pavoroso incidente. Se juró a sí misma que la próxima vez iría a una cena de pantalón o de sandalias, o en último caso cancelaría su asistencia con tal de no usar medias. Se sentía molesta consigo misma por no tener el cuidado necesario para sentarse y haberse olvidado de que las llevaba puestas. «¡Qué tonta, que torpe soy!», pensaba apretando los dientes; quería azotarse contra las paredes hasta desaparecer.

Puso la copa de vino sobre una mesa auxiliar, ya no le sabía tan bien como antes, ni deseaba seguir tomando. Su estado de ánimo cambió, estaba bastante alterada. «Y ahora, ¿qué hago?», se dijo. No quería que nadie se diera cuenta, ni siquiera sus amigas, que se ponían al día con una cantidad de historias. Qué pena pues no lograba participar con el mismo entusiasmo que ellas en el diálogo, le costaba trabajo prestarles atención y emitía un repetitivo «ajá» acompañado de un movimiento de cabeza para dar a entender que seguía la conversación con interés. No le gustaba comportarse así, pero era algo que se le salía de sus manos pues era mayor su preocupación por lo que acababa de sucederle, que su voluntad de escucharlas. Movi6 el bolso con cautela para divisar el tamaño del hueco y logró darse cuenta de que no era tan grande. Pensó que si jalaba un poco el vestido podía tapárselo mientras estuviera sentada, el problema sería cuando se parara porque el traje seguramente se subiría y lo dejaría al descubierto. De todos modos, no se desprendería de su cartera por nada del mundo, la necesitaba como escudo y protección.

Temía que el roto siguiera derecho como suele ocurrir en este tipo de tejidos en los que un hilo se va y termina por rasgarse de principio a fin. «Necesito un poco de esmalte», pensó. Sabía que algunas mujeres manejaban el barniz de uñas con gran pericia en los rotos de las medias de nylon, pero realmente ella no tenía habilidad para este tipo de cosas y lo más probable sería que empeorara la situación. Desistió de la idea. Volvió a llevar la cartera hacia el lugar del accidente y sintió que una mano arrimó por encima de ella a recogerla. Reaccionó asustada tirándola con fuerza y se dio cuenta de que simplemente se trataba de Marcela la dueña de casa que, como un gesto de atención, quería guardarla. «Qué pena. Es que aquí tengo unas pastillas que debo tomarme ahorita», afirmó al caer en la cuenta de la brusquedad de su gesto. «No te preocupes, creí que te estorbaba ahí», le dijo la diligente señora y se dirigió hacia la mesa donde estaba el impresionante buffet a dar la orden para que los meseros sirvieran.

Uno a uno, los invitados hicieron fila a medida que les pasaban el plato con su propio par de cubiertos y servilleta de tela, luego iban señalando aquello que deseaban comer entre la variedad de quesos crema con piña, uchuvas, champiñones y pimentón para echar a las galletas, las carnes frías, los langostinos, las empanadas de espinaca, las hojaldras con dulce de guayaba y las aceitunas, que había visto puestos sobre la mesa. Las amigas de Nora se pusieron de pie convidándola a la mesa, pero ella se excusó diciéndoles que todavía no tenía hambre y le faltaba terminar el vino. Se quedó sola en el amplio sofá para planear estrategias acerca de cómo caminar rápido para que los invitados no alcanzaran a verle el roto o la manera de tapanlo con la mano.

Optó por levantarse y caminar pegada de frente a la pared intentando quedar de espaldas a los demás para que no le vieran la media, pero ahora sí que llamaba la atención, aquello que había querido evitar durante la noche. Iba como una araña escalando un muro. Entonces dio la vuelta y comenzó a andar con la mano estirada sobre el agujero, era una mano extraña en ese lugar, parecía que cojeara pues daba pasos entrecortados, pequeños saltos. Algunos la miraban sorprendidos preguntándose qué le sucedía. ¿Acaso tenía un problema físico en el que no habían reparado? Qué extraña estaba, pensarían. Se detuvo diciendo que se le habían dormido las piernas. Moría de hambre, pero, ¿cómo hacía? Llegar hasta la mesa era muy difícil en la situación en que se encontraba, además se imaginaba que con el plato y los cubiertos en las manos se iba a complicar más el asunto de la media. Qué pesar no poder probar esos manjares, pero decidió que lo mejor era irse por su tranquilidad pues se aburrió de tratar de hacer tantas maromas y de amargarse la noche con el roto de la media. Así que atravesó los salones y se deslizó en medio de todos los que comían, conversaban y se divertían, hasta la puerta.

Salió a la calle, entró al carro y le pareció mentiras cuando en la silla de atrás pudo quitarse las medias respirando al fin aliviada. Manejó unas cuadas y se detuvo en el parque cercano a su apartamento. Buscó un tarro de basura metálico y las tiró prendiéndolas con un fósforo. No sabía bien si se trataba de un gesto vengativo o solo contemplativo, pero las vio encenderse, con gran deleite, en una enorme llama blancuzca que cambió a amarilla, luego se convirtieron poco a poco en burbujas chispeantes que sonaban a medida que se iban quemando, y al final quedaron el plástico y los grumos negros, que se perdieron lentamente hasta desaparecer por completo.

## Beatriz Libreros

*Colombia (Cali, Valle del Cauca)*

*Estudió Comunicación Social con énfasis en Periodismo en la Universidad del Valle. Tiene Maestría en Literaturas Colombiana y Latinoamericana de la Universidad del Valle. Es docente universitaria en Cali. En 2015, ganó la Beca para la Publicación de Libros de Autores Residentes en Cali, de la Secretaría de Cultura y Turismo de Cali y el Fondo Mixto de Promoción de la Cultura y las Artes del Valle del Cauca con el libro de cuentos La noche en que estuvimos tan cerca.*



# La caja de los pisahuevos

Adriana Villamizar Ceballos



Les decíamos los *pisahuevos*. No había nada más ofensivo que calzar esas zapatillas, desesperadamente blancas y puntudas. Hasta inventamos que nos hacían dar pecueca, pero sin resultado. Lo peor eran las bur-las de las compañeras del Liceo, mirándonos como a zar-rapastrosas porque nuestro papá no tenía dinero para comprar unos de *marca* con esos nombres complicados de pronunciar. De todas maneras, no había poder humano o divino para desaparecerlos. Infaltable, y en cada comienzo del año escolar, mi padre llegaba con las cajas que traían el mismísimo desastre para las clases con Yolanda, la profesora de Educación Física que nos gritaba: “Tras de gordas, hinchadas. Aquí no vinieron a sentarse y a echar lengua. A correr. Moviéndose señoritas”.

Alix, la abuela paterna, en alguna de sus visitas a Cali presenció la triple enfurruñada, cuando nuestro padre llegó con las cajas de tenis. Seguramente fui yo la que se opuso con más ahínco, por eso volví a ganarme el acost-umbrado pellizco de mi madre. Sin embargo, y así jamás

lo hubiera imaginado, esa tarde llegó la maravilla en el interior de la caja de los *pisahuevos*.

La abuela me llevó a un rincón. Tal vez intentaba escabullirse para no acompañarme al cine a ver Oliver por no sé cuántas y enésimas veces. “Venga, le voy a enseñar a hacer cine, me dijo”. “¿Y cómo me va a enseñar a hacer cine? ¡Y encima de todo con la caja de los *pisahuevos* en la mano!” La miré completamente incrédula. “Claro abuela, eso es por no llevarme al teatro”. “No, niña. Vaya, tráigame las tijeras, un lápiz, las revistas y el Colbón. Ah, pídale a su papá unas paletas de las que él tiene en el maletín de las consultas”.

Desde la sala mi padre pegó un grito que casi me perfora los tímpanos. “Que sí hombre, yo mandé a la niña por las paletas”. “¿Qué carajos van a hacer con esa vaina?”, preguntó. “¡Cine!”, le dije. “La abuela me va a enseñar a hacer cine”. Tuvieron que brillarme mucho los ojos para que ni siquiera rezongara. Me miró como si auscultara una hormiga y se levantó de la silla para traer las paletas de su intocable maletín de médico. Al rato lo descubrí curioseándonos, mientras la abuela con tijera en mano me explicaba lo sencillo que podía ser enrollar las imágenes y contar una historia en la caja de los *pisahuevos*.

La abuela Alix se engarzó las tijeras con su habilidad de costurera. Ya había dibujado en los costados unos cuadros muy largos y de escasos centímetros de ancho. Después, de un solo punzón perforó la caja y cortó los resquicios a cada lado. Seguía sin entender cómo iba a lograr hacer cine con la indeseable caja, hasta que me puso oficio: “escoja las fotos que más le gusten de las revistas y las va pegando una tras otra. Ah, pero venga las mide para que le queden de igual tamaño y quepan en la ranura”.

Mientras la abuela terminaba con las hendiduras, me entretuve pegando “las vistas”. Aunque hice un desastre

con algunas cuantas que me gustaron mucho, la tira se hacía cada vez más larga y la abuela comenzaba a impacientarse. Mi madre también estuvo figoneando y optó por dejar las galletas y el Milo frío sobre la mesa, porque yo seguía tan ensimismada en el ensamblaje de las imágenes que ni la volteé a mirar.

“¿Y es que la señorita piensa presentar una película de cuántas horas?” “¿Cómo así abuela?, ¿ya la podemos presentar?” “Claro. Preste a ver la tira”. Me agarré de *mi película*, como si fuera el mayor tesoro. “Deme eso niña. ¿Si no le explico, cómo va a meterla en el cine?”

La sensación que siguió, volví a experimentarla mucho después, y en dos ocasiones. La primera, cuando al voltear el papel en la bandeja del revelador apareció “la mismísima virgen María”, como nos anticipó el profesor de revelado durante un mes para colmarnos de suspense con el primer día en el cuarto oscuro. La segunda, al escuchar el motor de una cámara de cine cuando rueda tras la voz del director que grita: ¡Acción!

Le pasé a la abuela el resultado de mi labor. Sus manos delgadas tomaron con cuidado una de las puntas de la tirilla de imágenes. Luego la pegó a una paleta y dejó que yo fijara la otra en el trozo final del desfile de personajes que había armado. La espera para que se secara fue eterna. Y más aún, cuando la enrolló milimétricamente para que mi película a un costado de la caja quedara convertida en un inmenso caracol de papel. Después la puse sobre la mesa y la fui enroscando hacia el otro costado para ver la sucesión maravillosa.

Cuando las publicidades y las revistas se acabaron me fui a la mesita de las joyas de mis padres, donde guardaban los discos de Piero, Serrat, y los primeros números de la revista *Alternativa*. Ya estaba echándoles mano, cuando

los dos saltaron en la defensa de los ejemplares y los escondieron fuera del alcance de mis tijeras.

“Hay que hacer algo con esta muchachita, desapareció todas las cajas de zapatos, las revistas. Imagínese, me contaron los vecinos que se fue de casa en casa preguntando por más cajas y vistas para hacer su cine”. “¿Y se dio cuenta que ahora arma las historias hasta en secuencia?” “Claro, no ve que cada tarde me toca asistir a *su cine* y a que me cuente *sus películas*”.

La abuela regresó a Bucaramanga, pero ni *mi cine* ni *El príncipe y el Mendigo*, que según mi madre vi en más de veinte ocasiones, lograron calmar las ansias y los comienzos de esta contadora de historias. “Esperemos. ¡Qué joda con esta cagona! A ver si ahora que lleguen las otras vacaciones se le pasa el embeleco con los regalos de navidad”, dijo mi padre. Pero fue mucho peor. Ese año el *niño Dios* arribó directo de Maicao.

Desde muy niña supe quién era el *niño Dios*. No hubo muchos misterios con el asunto. Además, la mayoría de los regalos sucumbían a mi alcance mucho antes del 24. Como si fuera mi escenario del crimen, ningún armario se salvaba de la inspección hasta descubrirlos todos, los de mis hermanos y los míos. Esa navidad regresamos a Bucaramanga y mi padre viajó a comprar los regalos en Maicao. Adoré a Belinda, una muñeca de pelo blanco con atuendo púrpura de pies a cabeza. Cantaba “la pájara pinta sentada en el verde limón. ¡Ay, ay, ay, cuándo vendrá mi amor!”, y tenía hasta sus propios discos de color violeta en la espalda. Pero el regalo más especial fue una pequeña máquina de coser roja y crema que funcionaba como la de la abuela Alix, pero en miniatura.

Los atuendos para la repisa de las muñecas no fueron una prioridad. En lo primero que pensé fue en el te-

lón púrpura para *mi cine*. Eso era lo que le hacía falta a la caja para ser más parecida al teatro que había a unas cuadras de la casa de la abuela. Las fiestas de navidad se acabaron y mis padres volvieron a Cali, pero los nietos nos quedamos unos días más. La abuela no encontró la tela púrpura que yo quería, pero me ayudó con la costura del telón rojo en mi diminuta máquina de coser. Apenas terminamos se lo colgué a mi caja del cine, nunca más sería para los *pisahuevos*, y organicé una reunión en la sala de la casa de una vecina donde los amiguitos del barrio llegaron puntuales. En las invitaciones advertí que se presentaran después de las seis con palomitas de maíz y chocolatinas. Oscurecí la sala corriendo todas las cortinas y sólo encendí una lámpara que acosté para iluminar el interior de la caja. Mi hermano sostuvo el caracol, mientras yo corría y narraba la película. Estaba tan concentrada en la historia que no me di cuenta en qué momento la sala se llenó de adultos con rostros aterrados.

Lo que más dolió fue la arrastrada de las orejas de la abuela y la reunión de los “grandes” en la que no hubo posibilidad ninguna para defenderme. Para ellos había hilvanado un embrollo de proporciones mayores, mezcla del argumento de un asesino en serie de *Caso Juzgado* y de una historia enrevesada que había escuchado días antes escondida en el cuarto de los trebejos, cuando un visitante le revelaba a mi abuela que una de sus hijas estaba a punto de escaparse con un hombre de procedencia y comportamientos dudosos. Vaya uno a saber qué más puede inventar la mente de una niña de diez, o menos. El caso es que mi cine en la caja de *pisahuevos* y yo, terminamos castigados hasta el regreso a Cali. Nunca entendí muy bien el porqué de los adultos, pero me convertí en *la peor delincuente* cuando alebresté a

todos los vecinitos de la cuadra por mi devoción a los relatos, que en algún momento serían escritos, leídos o proyectados bajo sus telones púrpuras o rojos, y con las pasiones solo posibles en salas oscuras.

### *Adriana Villamizar Ceballos*

*Colombia (Cali, Valle del Cauca, 1964)*

*Comunicadora Social de la Universidad del Valle, Magíster en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia y Creadora Literaria de la Escuela de Escritores de la Sociedad General de Escritores de México, SOGEM. En 2017 publicó con la Editorial Unimagdalena el libro de cuentos Yoga para colibríes, es guionista y editora audiovisual para cine y televisión. Sus guiones Entre V Susanas y V Rodrigos, V Teresas Enrevesadas, y Una Luna para Málaga, fueron seleccionados en el concurso de guiones inéditos del Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano de la Habana. Se desempeña como docente de tiempo completo en el programa Cine y Audiovisuales de la Universidad del Magdalena.*

# Esas cosas de niña

*Heidy Johana Peralta Rodríguez*



**A** las doce en punto, cuando en la Iglesia Santa María Reina retumbaban las campanas, la primera paloma cayó como un azote.

Los niños que estaban cerca corrieron a ver el pequeño bulto que convulsionaba en la mitad del parque. Leidy extendió su mano hacia el pecho agitado del ave. Quería saber cómo se sentía morir. Su mamá no la dejó salir el día en que mataron al Mono a una cuadra de su casa, y ella siempre había querido saber cómo era cuando la muerte arrimaba. Ese día sus primos corrieron a la esquina azuzados por los gritos. Leidy dejó sus muñecas y fue tras ellos, pero su mamá bloqueó el paso porque esas no eran cosas de niñas. Leidy hizo una mueca, se inclinó hacia su madre y cuando entrompó la boca para decirle que igual saldría, el ardor del golpe en la piel fue suficiente para doblegar su incipiente rebeldía y devolverla llorando a sus cosas de niña.

Ahora, mientras más personas se arremolinaban sobre ella, Leidy pensaba que su mamá hacía demasiado alboroto con eso de la muerte. Estando en esas, otra pa-

loma cayó; el sonido del golpe sobre el adoquín atravesó la algarabía. Menos de un minuto después vino la tercera. Luego cayó la cuarta, la quinta y otra y otra más. Leidy alzó la cabeza y vio que llovían palomas.

Caían por montones en torno suyo, pero la atención de la niña recayó en el animal agonizante junto a su zapato, que aún albergaba una pizca de vida. Afinó el oído para escuchar el último deseo de la moribunda cuando del pecho emanó un crujido. Se acercó para confirmarlo y pudo escucharlo de nuevo. Ya no solo era el crujido, era también una sensación de vacío en su propio estómago, de esos que empiezan a subir y se van transformando en angustia y que, al final, se estancan en el pecho y empiezan a doler. Entonces escuchó un tercer crujido y fue ahí cuando Leidy supo, con la sabiduría que le otorgaban sus años de niña, que se trataba del sonido de su corazón. Dolió tanto que tuvo que llevar la mano al pecho y apretarlo. Así, de repente, tres años y veintisiete días después, Leidy había recordado un suceso olvidado: el momento en el que Yeison, su hermano mayor, ya no había vivido más.

Una noche, después del día de brujas, habían llegado a su puerta gritando el nombre del hermano. Recordaba tener puesta su pijama rosa y la corona que había hecho, con cartulina y papel aluminio, para vestirse de princesa ese año. Yeison salió para aquietarlos, pero terminaron discutiendo y al final se lo llevaron. Unos quince minutos después y, a pesar de la lluvia sobre el techo de zinc, tres balas habían sonado precisas.

Su madre, que aún esperaba el retorno del hijo sentada en la sala, las escuchó. Descalza y con el camisón corto y raído se aventuró a la calle, sin ocuparse de la lluvia o sus siete meses de preñez. Leidy saltó de su cama y fue tras ella con sus piernas huesudas. La siguió dos calles al

sur, por el sector de Los Pineda, y luego, de subida, por las escaleras interminables que conducen al parque. Finalmente, pasando la tienda del paisa, llegaron al lote baldío donde la madre tenía la certeza de encontrar a su hijo.

Allí, entre la maleza, dos cuerpos delgados yacían boca abajo. Yeison, sin camisa y con los bóxer de dormir, era el primero. El otro era el Fresa, un moreno de corte mohicano y olor a marihuana en la boca, que hasta ese día cubrió la espalda de Yeison.

La mujer tomó a su hijo y vio sobre su pecho el agujero negrísimo y redondo, con un ribete espeso que ya empezaba a secarse. Era tan poca la sangre que lo pensó vivo, entonces lo sacudió gritando su nombre, pero el cuerpo siguió dormido. Lo hizo de nuevo con más fuerza, pero Yeison no respondió. Desde el estómago de la madre una serpiente angustiada empezó a moverse, subió por el pecho y, al final, explotó en un llanto apretado que se consumió en un lamento casi inaudible.

De puntillas, Leidy caminó hacia ellos. Se acomodó muy cerca, teniendo cuidado de no tocarlo, aproximó el oído a la cabeza de su hermano y, a través de los lamentos maternos, escuchó un hilo de viento que se colaba por la boca seca del moribundo en un ahogado “ess”.

Yeison era lo que se dice un vago, con un reciente gusto por las pepas y uno más antiguo por la *marihuanita*, pasó sus últimos días al lado de los de La Mina, en negocios que su mamá prefería ignorar. Sin embargo, para Leidy, su hermano representaba la fuerza de la vida: era el bombón de fresa que calmaba su llanto; los hombros que la cargaban desde la principal para no cansar sus pequeños pies; el golpe certero a quienes la golpeaban primero a ella; aquel que esa noche le dijo: “cachetes, no me demoro”, ahora le dejaba su último aliento.

Al igual que las palomas, los testigos dijeron que Yeison convulsionó un par de veces sobre el piso y luego murió. La madre, que se había preguntado con frecuencia qué esperar del más calavera de sus hijos, se encontró sobre el cuerpo de aquel que, irónicamente, ya no le daría más problemas. Sin más reclamos que hacer, se hizo el silencio.

Pero el barrio no era de silencios largos y los vacíos rápidamente se llenaron con el caos. La venganza es impaciente y le gusta la sangre tibia así que, después de la muerte de Yeison y el Fresa, La Mina jodió a los Playboy y los Playboy remataron a los de La Mina. De nuevo balas en las noches, las mañanas y las tardes: los pelados corriendo, los gritos de amenaza, los silencios cortos después de las muertes y otra vez el ciclo que reinicia.

El primero en caer fue el Chinche, el hijo de doña Mariela, el que cargó el cuerpo de Yeison hasta su tumba en el Metropolitano. El segundo, fue el Ruso. Cayó un domingo, día de la madre, afuera de su casa y delante de la mamá. Era un pelado bien. Habrá mirado a los ojos al matón y, en el barrio, ya se sabe que eso no se hace. Uno o dos meses después cayó la Chucha, el tercero. Ese sí era malo. Luego cayó un cuarto y un quinto y ahí Leidy dejó de contar y por fin olvidó.

Por eso, cuando al Mono lo mataron a una cuadra de la casa de Leidy, la madre decidió que la pequeña no iba a mirar de frente a la muerte nunca más, a menos que su hora llegara. Ahora Leidy, tres años y veintisiete días después, se encontró llorando por primera vez la muerte de su hermano.

Después de unos minutos la caída de las infelices cesó. Para cuando el sol se puso, el párroco y los fieles de Santa María Reina habían contado ciento nueve palomas muertas en el piso de la plaza. Un “palomicidio” diría el diario al día siguiente, en una nota a doble columna y en la prime-

ra página de la sección regional, que concluía que quizás nunca hallarían los culpables.

Los niños de Santa María, que conocen de sobra la razón de todas las cosas, comprendieron lo acontecido. Sabían que cuando una paloma cae la tierra, agradecida, le permite a una de sus almas liberarse. Y el alma, ahora emancipada, vuela hacia el lugar de donde una vez bajó. Allí, de nuevo, se convierte en una gota de lluvia que una noche cualquiera va a caer; no para posarse sobre la tierra ni perderse en la tormenta. No, esa gota va a caer sobre el vientre de una madre a la que previamente ha escogido como suya, para transformarse en la carne y la sangre de sus entrañas.

Al contrario, aquellas almas que ya no desean volver más, cansadas de tanto andar en vida, caen como gotas sin destino para que, quienes las amaron mientras estuvieron aquí, puedan escucharlas.

Desde entonces, en las noches de lluvia, Leidy se acurruca en silencio bajo sus sábanas y afina su oído y, si es paciente, puede escuchar a su hermano que la llama golpeando afanoso sobre el techo de zinc.

*Heidy Johana Peralta Rodríguez*

*Colombia (Cali, Valle del Cauca, 1978)*

*Comunicadora Social. Inició explorando la escritura en el 2015 a través de diversos talleres. Segundo lugar en la categoría de Asistente a Taller en el Concurso Nacional para Talleres de Red de Escritura Creativa RELATA 2016. Seleccionada para la Antología Digital El Narratorio, Año 3, Número 34, diciembre 2018, así como en el IV Certamen Literario RSC 2018 de La Factoría, revista digital.*



# CRÓNICAS



# Barrio Meléndez.

## La vida entre la hacienda y la invasión

*Carminiña Navia Velasco*



“Pasada la quebrada de Cañaveralejo, entraron en el extenso y limpio llano de Meléndez; a la izquierda, a una o dos cuadras del camino real, estaba la hacienda de... Habían pasado ya el hermoso llano de Meléndez y llegaban al cristalino río que lleva ese nombre. Pasado el río, entraron en tierras de la hacienda de Meléndez...”.

**L**eemos, en el capítulo primero de la novela de Eustaquio Palacios, *El Alférez Real* y eso nos habla de unos hechos que marcaron el barrio en las primeras décadas de su existencia. Un pasado cercano, muy cercano, con sabor y con olor a campo, a vacas y caballos, a río, a amaneceres acunados por el canto de pájaros y el volar de mariposas, a caña dulce del azúcar. Meléndez era un corregimiento vecino de la ciudad de Cali, un extenso llano compuesto por dos o tres haciendas que muy lentamente fueron parcelándose.

La primera hacienda que se desglosó del conjunto fue la de El Limonar. Unos años más tarde, en 1930, la hacienda San Joaquín, que presidía lo que es hoy el gran

sector Meléndez en la margen sureña del río, se convierte en el Club Campestre, diseñado para jugadores de golf. Durante las primeras seis décadas del siglo XX, Meléndez siguió siendo un sitio fuera de la ciudad: la calle 5ª actual, antiguo Camino Real primero y carretera a Jamundí después, atravesaba antes de llegar al río un callejón polvoriento que estaba custodiado por terrenos baldíos salpicados eventualmente por alguna construcción rústica de bareque.

Esta historia oculta pero real, plena de caminos *culebreros* y mucha vida, es muy difícil aprehenderla en esa carrera 94, que en medio de supermercados gigantes y ventas de muebles o de pollo asados, alberga en su pavimento supuestamente reforzado un alimentador del MIO, sistema reciente de transporte masivo en la ciudad, alimentador que en sus tonos azules y amarillos, cerró definitivamente la expulsión de las terminales de buses (Alameda y Cañaveral), muy típicas de muchos años y transformará aún más la mirada y la vida del barrio.

### Nueva etapa

Una primera modificación de este paisaje humano del sector la constituyeron la construcción ya mencionada del Club y la fundación del Ingenio Meléndez, en 1949. Estos dos polos se convirtieron en sitios de trabajo deseados por quienes querían o tenían que alejarse de la vida campestre. El desarrollo continuó siendo rural, pero el ingenio atrajo población que se desplazó desde distintos lugares de la ciudad y del Departamento. Cambiaron las rutinas, acomodándose a un sistema productivo más exigente. El proceso poblacional continúa len-

tamente en las décadas del cincuenta y sesenta. El 1 de Octubre de 1956 abre sus puertas el *Colegio Lacordaire* en la esquina misma del callejón Meléndez. El Acuerdo Municipal 047, del 9 de noviembre de 1965, transforma el corregimiento en barrio de Cali. Para este momento ya se habían anunciado algunas dispersas invasiones en las ladera, hoy densamente pobladas, que constituyen actualmente Alto Jordán, Alto Meléndez, Polvorines y muchos otros sectores.

En estos años se inicia una nueva etapa en la vida del sector. Se asientan las primeras familias, las fundadoras: vienen de distintas partes del país, pueblos del Valle y del Eje Cafetero, de la región central: Huila y Tolima... En la medida que el tiempo avanza, los nuevos pobladores serán cada vez más del sur, específicamente de Nariño. El polvoriento callejón -en esos años- nos lleva a un espacio amplio, de poca densidad poblacional y muchas posibilidades recreativas.

Los extensos terrenos se parcelan cada día más. Desde la calle 5<sup>a</sup> hasta las inmediaciones de La Choclona, en el borde mismo de la cordillera occidental, el río Meléndez es buscado por familias enteras para tomar el baño los domingos acompañado de un buen sancocho o para darse un chapuzón al final de la tarde, después de una jornada de trabajo o de estudio. Corre cristalino y caudaloso un río que, poco a poco, los vertederos irán contaminando y resecaando. En los mismos recodos buscados por los bañistas, unas cuantas mujeres lavan la ropa blanca con jabón hecho caseramente con chambimbe. Hasta los alrededores de los años setenta del siglo pasado, ambos márgenes del río fueron clasificadas como reserva natural y en él era posible una abundante pesca.

## Burros cargados de leña

La casa de don Valerio y de doña Margarita, los Cano-Rojas, vecina del actual centro de salud, es una buena ubicación para pasear por esta época. Desde allí divisamos un inmenso mangón, con cuatro o cinco casas-haciendas grandes y alguna vivienda más sencilla dispersa. Ese mangón va desde el actual barrio Caldas hasta la quebrada del Lili. Bordeando la ladera del río, en el sector del Aguacate, se asientan algunas familias de origen afroamericano, viviendas más o menos amplias para familias grandes. Elsa Mery, la hija mayor de los Cano-Rojas, recuerda que los vecinos indios-lilis recorrían las rutas casa a casa con su burros cargados de leña para alimentar los fogones; recuerda especialmente a Celestino, conocido por todo el vecindario. Los muchachos del sector, sus primos, sus amigos corretean libremente amigándose con los árboles frutales que brindan a su paladar y, sobre todo, a su alimentación, nísperos, chirimoyas, algarrobos, caimos, piñuelas, naranjas, madroños, guayabas...Frutas vallecaucanas tradicionales, algunas hoy casi desaparecidas del mercado, al menos en la ciudad. Fugazmente los niños pasean por entre los cafetales y se acercan al principal ordeño del sector, la finca Alaska, convertida unos años más tarde en el orfanato Mi Casa.

Pero definitivamente las cosas van cambiando. Un nuevo panorama de la geografía humana acompaña la aparición de los cuarteles de Nápoles que, alrededor de 1960, parten de tajo el sector de Caldas y el de Meléndez, convirtiendo en dos lo que había sido uno. Una consecuencia casi inmediata es la construcción de los primeros bailaderos, precisamente en esas casas de afrodescendientes en torno al Aguacate. Los bailaderos se multiplican muy rápidamente y connotan al barrio en la ciudad. Es tiempo de

salsa, salsa vieja: Sonora Matancera y Celia Cruz primero, Héctor Lavoe y Richi Ray después. Los bailaderos tienen días: los sábados son familiares, los domingos son principalmente para soldados y muchachas del servicio, los lunes se les llama *de goce total*... entonces rondan la prostitución. En los ochenta, los bailaderos decaen, para desaparecer totalmente antes del fin de siglo; pero en su años fuertes estuvieron animados permanentemente por Tito Cortés, Amparo Arrebató, Piper Pimienta... entre otros. Todo el barrio es un hervidero permanente de fritangas.

Entre 1965 y 1980, mientras Colombia se empobrecía y sus dinámicas sociales y políticas se enfermaban cada vez más, Meléndez se convirtió en territorio urbano; en los márgenes, sí, pero urbano. Iniciando estos años se abrieron las escuelas *Luis Eduardo Nieto Caballero*, para mujeres y *Rufino José Cuervo*, para varones; esta última se trasladó de lugar cuando se construyó el batallón y se transformó posteriormente en el *Álvaro Echeverri*, colegio mixto de bachillerato. También, con la colaboración de todos los vecinos, se construyó una primera capilla, en el mismo sitio en el que hoy se levanta la Parroquia católica Santa María Reina. A partir de 1974, en los predios del templo, se fundó y funcionó el Centro Cultural Popular Meléndez, que abrió la primera Biblioteca barrial-popular en la ciudad. También el centro de salud, dependiente de la Secretaría de Salud Municipal.

### Primeras casas de ladrillo

La casa de los Cano-Rojas dejó de ser un granero tradicional, sitio de encuentro y de intercambio, para convertirse en una más de las construcciones que se multiplicaron, que

en ningún caso tuvieron las escasas medidas de una *vivienda tipo obrero* de los años setenta (viviendas que en su momento se sintieron pequeñas, pero que comparadas con la *vivienda de interés social* de hoy, eran unos palacios). Primeras casas de ladrillo salpican aquí y allá el barrio, casas en las que la cocina y el solar de atrás continúan siendo amplios.

La parroquia en sus inicios fue muy importante y significativa para los habitantes del sector, mayoritariamente católicos; hasta ese momento habían dependido para todo lo religioso del barrio Caldas. Unos sacerdotes españoles, muy queridos por todos, configuraron la primera comunidad parroquial. En los años iniciales, entre 1975 y 1985 aproximadamente, la parroquia y el Centro Cultural Popular Meléndez formaron una unidad y realizaron muchas actividades conjuntas: formación para mujeres, semanas culturales a partir de las cuales se empezó a traer teatro, cine y danzas al barrio... y un movimiento juvenil con mucha conciencia y compromiso, que se proyectó sobre la ciudad.

Progresivamente, Meléndez se fracciona y llegan nuevas urbanizaciones. Hasta este momento había habido una misma dinámica con el sector de La Playa, al otro lado de la calle 5ª. Empieza a hablarse, iniciando los años ochenta, de la construcción de una gran centro comercial que disparará los impuestos y sacará a muchos de los habitantes del barrio. Ya la Universidad del Valle se ha trasladado prácticamente toda a su actual sede, terrenos alledaños... Finalizando el siglo, Unicentro arrincona definitivamente y asfixia La Playa, la valorización y los impuestos obligan a los más pobres a salir. Ya no paseamos por el gran Meléndez, ese Valle que fue; ahora pasamos del antiguo barrio a *La Esmeralda*, *Horizontes*, *Nuevo Horizontes*, *Portobelo*, *Jordán*, *Holmes Trujillo*, *Polvorines*, *Alto Jordán*, *la invasión*... Cada rincón va definiendo su dinámica.

## Clausura de una época

Los trabajadores del Ingenio, los últimos en ser liquidados, traen al hombro, atravesando toda la calle 5ª, el antiguo Cristo de la capilla del Ingenio y lo entregan – reivindicando su propiedad– a la recién establecida parroquia católica, en 1976. Este hecho se puede considerar simbólicamente como la clausura de toda una época y el inicio de una muy diferente.

Desalojados los jugadores de fútbol, tanto del América como del Cali, que tuvieron por varios años allí sus sitios de entrenamiento, abandonados los bailaderos e iniciada la especulación del suelo y la avalancha de unidades residenciales de apartamentos de 70 metros... se cierra definitivamente una historia de Meléndez, su transformación de ese extenso llano del que hablaba Eustaquio Palacios, primero en un corregimiento y después en un barrio del sur de la ciudad. Se inicia otra, igualmente llena de vida y de colores, de espacios densamente poblados. Desde que se abrieron los cuarteles de Nápoles hasta finalizar la década de los ochenta, vivieron dispersos por el barrio muchos sargentos y mayores del ejército... A lo largo de la década de los noventa, el batallón construyó apartamentos en sus predios para las familias de los oficiales; con ello, la vida militar se fue alejando de Meléndez.

Los procesos poblacionales del plano tienen su sabor propio: jalonados por construcciones de pequeños apartamentos o de casas en unidad cerrada, traen al barrio a oficinistas, maestros, profesores de la cercana Universidad o de las Universidades del sur, hijos o nietos de los primeros pobladores. Una clase media con raíces en el ámbito popular que poco a poco cambia sus patrones de vida. La carrera 94 se transforma, a lo largo de la década de los ochenta, de an-

tiguo callejón polvoriento en vía pavimentada un poco más amplia. Única arteria que comunica al sector con el resto de la ciudad en ambos sentidos, de entrada y de salida... hoy se queda definitivamente pequeña. En la medida en que se adentra en el barrio, la 94 nos ofrece un panorama lleno de colores, sonidos, olores... venta de materiales de construcción –paisaje antiguo–, cabinas de Internet –paisaje nuevo–. Floristerías, droguerías, ventas de muebles... distintos restaurantes populares, panaderías... La parroquia aún saca los domingos y festivos su venta de empanadas.

Los Cano-Rojas, algunos ya se fueron del barrio, otros habitan en la loma... vienen de visita los domingos... los que quedan en la antigua casona han transformado su relación con el entorno en algo más funcional, porque el concepto de vecino se ha modificado con el paso de los últimos años.

### Hervidero de gentes

La calle 4ª, en su cruce con la carrera 94, primera vista desde la 5ª, de todo el conjunto habitacional que se denomina ahora Meléndez, es un verdadero hervidero de gentes de muy distinto tipo: van y vienen del centro de salud, van y vienen de la parroquia, entran y salen del barrio caminando... Compran en los puestos callejeros, se paran, se saludan...preguntan por antiguos conocidos. Juegan bingo, una de las novedades de los últimos años; comen pollo frito en el local de la esquina. Los hombres, al volver del trabajo, gastan su salario en cervezas en una de las esquinas/bar que reciben también a los recién llegados. Ya no se toma cerveza en un rincón de los graneros, al tiempo que se juega parqués o dominó: para eso están los bares en la ciudad moderna.

En esta misma calle, en la parte oriental del polideportivo Wembley y de las canchas de fútbol y de basket, la inspección de policía, junto con el Cali 18, constituyen la cara del Estado, un Estado bastante indiferente frente a los vacíos y necesidades de los nuevos habitantes de este mundo variado, que no se diferencia apenas del de otros entornos populares de la ciudad. Esas canchas que en la Feria de Cali y en otros acontecimientos se convierten en lugar de audición de salsa nueva, de rock metálico, de hip-hop... y que reúnen a multitud de jóvenes al ritmo de cervezas en lata. Estos conciertos que hacen parte de un fenómeno más amplio de la periferia de Cali: la contaminación acústica.

### Trazos de una vida anterior

Más cerca a las laderas, las dos últimas cuadras del plano, lo que se llama hace ya tiempos El Jordán, conserva trazos de una vida anterior. El nombre de El Jordán, no hay acuerdo de dónde exactamente viene: ¿de una antigua quebrada con esa denominación? ¿De una familia dueña de una finca muy amplia que tenía ese apellido? Quizás se unen los dos motivos y las familias fundadoras lo asumen hacia el futuro. En general, los lotes son más amplios y en casi todos se conserva alguna forma de solar trasero. Esto permite a las mujeres cuidar e intercambiar sus matas, una forma muy popular de vecindad... igualmente permite conservar algunos árboles frutales, especialmente mangos, para el consumo de las casas y los amigos/as más cercanos. A este espacio se trasladó el Centro Cultural Popular Meléndez a mediados de los ochenta; hoy se llama Casa Cultural

Tejiendo Sororidades y es un lugar habitado especialmente por mujeres y niños; los jóvenes se han alejado de este tipo de propuestas.

Hacia lo alto, en las laderas, la vida es otra cosa, tiene otros coloridos. Subimos en un primer trecho un par de cuadras y encontramos casitas apiladas, la mayoría en ladrillos, de dos pisos. Las familias que llegaron al barrio hace veinte o treinta años, en busca de oportunidades urbanas o después del terremoto de Tumaco (1979), han terminado su construcción y los colores y diversidad de estilos y tamaños presentan un panorama muy bonito, propio de los climas calientes. Quienes van subiendo encuentran a lado y lado letreros que hablan de necesidades antiguas y recientes: se aplican inyecciones, venta de empanadas y arepas, llamadas a \$200 *todo destino*, modistería... grupos de la tercera edad.

Una de las transformaciones significativas la constituye la proliferación de iglesias o centros espirituales que ofrecen alternativas diferentes a la católica. Garajes, salas... pequeños espacios, en los que alguna comunidad, dirigida por un pastor, se reúne a alabar, a cantar, a dar testimonio de *su salvación* vivida como un regalo de Jesucristo. Estas iglesias son cambiantes: se van, se trasladan de cuadra... sin embargo, hay en este sector dos más grandes y más permanentes: los Pentecostales y los Testigos de Jehová.

### Nuevos asentamientos

Pero a una altura de aproximadamente siete, ocho cuadras... el paisaje se quiebra, los nuevos asentamientos son ya otra cosa y el rostro del dolor, de la guerra y del margen se apoderan irremediamente de la mirada y la vivencia.

En la última década y de manera especial en los últimos tres o cuatro años, los paramilitares, las guerrillas, el ejército, el narcotráfico u otras formas de persecución y de presión, de violencias... continúan expulsando a las gentes de su tierra, continúan desalojando de los campos a familias enteras, a mujeres solas con hijos pequeños, a muchos/as que no quieren servir a ningún ejército y pagan con su desplazamiento sus intentos de resistencia ante esta guerra macabra que nos mata.

Estos asentamientos, cada vez más lejanos del plano, cada vez más arriba en la montaña, nos muestran un paisaje de ranchos que no llegan a convertirse en casas: guaduas, cartoneros, pedazos de madera... techos de paja, alguna lata de zinc, cobertizos de plástico. Se trata, en todo caso, de invasiones recientes, sin servicios; en zonas de alto riesgo, sin trazados urbanos, que facilitan el incendio, el atraco, las violaciones, el consumo de bazuco o cualquier otra cosa. No quiere decir que estos hechos no se presenten en otros lugares del gran barrio, pero pueden ser más fáciles acá. Son zonas habitadas por el desplazamiento, por algunos y algunas de los cuatro millones de desplazados que este gobierno eufemísticamente ha querido llamar migrantes.

Se intentan construir en el sector algunas de las obras destinadas a la Comuna 18, a la que pertenecemos: una biblioteca, un centro cultural, diferentes programas de apoyo y educación... escuelas... puesto de salud. Todo esto ayudará a la población más recientemente llegada a una incorporación menos traumática a la ciudad; pero no está allí la raíz del problema... está más allá, en las causas de la desigualdad en la ciudad globalizada y en el país Colombia.

Los límites del vecindario se ensanchan y se encogen. Algunas de las familias fundadoras no reconocerían estas estribaciones de la montaña como parte de su barrio... Y,

sin embargo, Meléndez es un gran globo de unidad, un paisaje abarcable de una sola mirada. Un paisaje que en detalle son dos, son tres... que une y separa destinos... Una vida desde la cual se vive la ciudad, se llega a ella, se regresa de ella. Un mundo desde el que se sigue soñando y añorando.

### *Carmita Navia Velasco*

*Colombia (Palmira, Valle del Cauca, 1948)*

Poeta y ensayista. Profesora en la Escuela de Estudios Literarios Universidad del Valle. Directora Casa Cultural Tejiendo Sororidades. Algunos libros publicados: *Poesía: La niebla camina en la ciudad* (1975). *Poemas de otoño* (1994). *Oráculo* (2000). *América Latina* (2000). *El fulgor misterioso* (2003). *Geografías* (2008). *Las calles amarillas Antología Poética* (2010). *Trasegares de estío* (2012). *Ensayo: La mujer protagonista en la narrativa colombiana* (1992). *La poesía y el lenguaje religioso* (1995). *El Dios que nos revelan las mujeres* (1998). *La ciudad interpela la biblia* (2001). *Guerras y paz en Colombia, las mujeres escriben. Premio Casa de las Américas de Cuba, La Habana* (2004). *La narrativa femenina en Colombia* (2006). *Poetas latinoamericanas. Una Antología Crítica* (2009). *Rondando la pluma y la palabra* (2017). *Reconocimientos: Mención de Honor en el Primer Concurso Nacional de Bibliotecología, Daniel Samper Ortega, Bogotá* (1988). *Con la obra: La Biblioteca Pública Popular. Finalista del Concurso Internacional de Poesía Mística: Fernando Rielo, con el poema Oráculo* (2000), *América Latina (Diciembre 2000)*. *Premio Casa de las Américas* (2004) *en la modalidad de Premio Extraordinario sobre estudios de la mujer, por el trabajo: Guerra y paz en Colombia, las mujeres escriben. Reconocimiento de la Oficina de la Mujer de la presidencia de Colombia a la Cien Mujeres más destacadas en el Valle del Cauca, Junio 2010. Galardón a la Mujer Vallecaucana, reconocimiento de la Gobernación del Valle del Cauca, Marzo 2011.*

# El ángel que murió tres veces

*Paola Guevara*



**E**s una sensación inédita. Arrastro mi maleta por el aeropuerto Alfonso Bonilla Aragón, de Cali, y siento que Angélica camina a mi lado. Que ella va conmigo a tomar este vuelo rumbo a Bogotá, al encuentro con su familia.

En tres oportunidades, mientras camino hacia la sala de espera, siento un estremecimiento profundo, un deseo inexplicable de llorar que me conduce a pensar, por primera vez en la vida, que ser periodista es lo más parecido a ser un médium, a prestarle las manos, los pies, los latidos del corazón y hasta el intelecto, en fin, todos los recursos físicos y emocionales, a alguien que no puede, por alguna razón, contar su propia historia.

Angélica Cruz no puede contarla por sí misma, porque el 18 de agosto de 2011 murió tres veces. O al menos de tres maneras distintas. Bombas y granadas llovieron sobre su cuerpo. Luego, las ametralladoras no cesaron hasta vaciarse. Y como si no fuera suficiente, vino el fuego que todo lo consumió.

No, Angélica no puede contar esta historia, aunque amaba escribir, y debo contarla por ella, para que quienes quisieron desintegrarla, reducir su cuerpo a partículas, no tengan la última palabra.

Angélica. Ese nombre. Cruz. Ese apellido. Por ahora son el único dato que tengo, aparte de su profesión: Policía. Su edad: 26 años. Su ciudad de origen: Villavicencio.

Su madre revela que a Angélica le dijeron, desde siempre, que era el ángel de la casa. Se sentía orgullosa de su nombre y lo encarnaba en todo sentido. No solo estaba empeñada en ser la guardiana de su madre, sus cinco hermanos y sus sobrinos sino que, además, todos se encargaron de hacerle saber desde niña que su aspecto era el de un ángel. De larga cabellera rubia, piel blanquísima, ojos verdes y cristalinos. Dotada de una belleza sobrecogedora, tenía una figura tan menuda y delicada que parecía flotar en la inmensidad de su recio uniforme policial.

Tenía unos pies tan pequeños que, siendo adulta, usaba zapatos talla 33. Cuando se convirtió en policía sus botas de campaña eran toda una rareza, pues eran las únicas del tamaño del pie de una niña. Esas botas tan pequeñas, en últimas, ayudarían a identificar su cadáver calcinado, pues solo podían pertenecerle a ella.

“Ahora mi ángel nos cuida desde el cielo”, dice Doris, su madre, como si aludiera al destino escrito en su nombre, y recuerda que Angélica jamás le causó angustia ni dolores en vida, ni siquiera al momento de nacer. Su llegada a este mundo fue suave, amable, casi imperceptible. Doris acudió a un control médico de rutina y, minutos más tarde, había nacido su niña. Así, leve y sin anestesia. Ha sido el parto más sencillo de todos sus hijos, de seis hijos para los que Doris fue padre y madre.

Angélica fue una niña feliz, buena bailarina, mejor estudiante, la alegría de su casa. Intrépida para saltar, trepar y correr, una caída que sufrió a los 4 años de edad le dejó una pequeña cicatriz en forma de sonrisa entre las cejas. Es decir que tenía dos sonrisas, la de los labios y la de su frente.

Su hermana mayor, Sandra, la describe como una mujer que se sabía hermosa sin ser jactanciosa. Pero en contraste con su apariencia etérea, Angélica tenía un carácter firme, determinado, incluso autoritario. Sus hermanos aún recuerdan cuando, con el temple de un general, los llamaba al orden.

Siempre decía lo que pensaba, no se andaba con rodeos y su parecer lo defendía con la fuerza de una leona. Obsesiva con el orden, la pulcritud, la belleza y la perfección aún en medio de la estrechez económica que se vivía en casa, no aceptaba el más mínimo rastro de desorden por parte de sus hermanos, y mucho menos ver a su madre barrer. Le arrebatava la escoba de las manos y la mandaba a descansar. Su madre era su ídolo, el amor de su vida, la heroína a la que admiraba por haber sacado adelante a seis hijos sola, a fuerza de trabajo honrado y en medio de grandes privaciones.

Angélica trabajaba como cajera de un supermercado en Villavicencio, su ciudad natal, pero soñaba con dejar de vivir entre bolsas plásticas y el chirrido de la caja registradora. Soñaba ser policía. Este era su plan A, su plan B y su plan C, y no era el tipo de mujer que aceptara un 'No' como respuesta.

Tres veces se presentó a las pruebas de admisión y ninguna de las tres veces fue aceptada, quizá porque su apariencia delicada hacía pensar que los rigores de la disciplina la doblegarían al instante. Pero no se juzga un libro por la portada.

El tercer rechazo dolió, pero ocurrió un giro inesperado en los acontecimientos: una de las jóvenes reclutadas sufrió un accidente en motocicleta y se abrió, de la nada, un cupo para reemplazarla. Era la oportunidad que había estado esperando.

Angélica hacía parte del equipo de porristas del supermercado donde trabajaba, y por su peso liviano estaba siempre en lo alto de la pirámide con su traje amarillo y negro. Tenía talento natural para el baile. Pero, sobre todo, amaba dormir. Dormía hasta tarde en las mañanas, dormía la siesta después del almuerzo, dormía temprano en las noches y no había fiesta capaz de robarle sus valiosos momentos de encuentro con la almohada. Si hubiera tenido que elegir entre bailar y dormir, habría elegido dormir. Si hubiera tenido que elegir entre comer y dormir, haría elegido dormir.

“No se preocupe mamita, imagínese que ya aprendí a dormir parada”, escribe Angélica en una de las primeras cartas que le envió a su madre desde la Escuela de Policía Provincia de Sumapaz, de Fusagasugá, donde comenzó su proceso de formación, el cual describe como una recia sucesión de carreras, clases, despertares abruptos, pruebas nocturnas y de madrugada, turnos eternos y hasta correctivos grupales a causa del descuido de algún compañero.

En estas cartas, escritas a mano en sus pocos ratos libres, con letra rubicunda, grande y pulcra, siempre respetuosa de los márgenes, le contaba a su madre sobre la dureza de los entrenamientos, sobre la exigencia física de las pruebas requeridas para convertirse en mujer policía, pero jamás, ni una sola vez, se lee en las cartas una queja. “Es un orgullo portar este uniforme, se siente uno con autoridad ante los demás. Mamita, recuerde que siempre la llevo en mi mente y mi corazón. Usted sabe que yo nunca me había despegado de sus faldas, siga siendo la niña de mamá”.

No se quebró. La mujer que de día armaba con solvencia un fusil y de noche dormía abrazada a sus peluches de osos, perros y leones, no solo no se quebró, sino que pronto se convirtió en una policía ejemplar.

Angélica escribía muchas cartas. En todas le declara amor a su madre, en todas le asegura que es feliz, que ser Policía es la misión de su vida. Y en ellas deja instrucciones precisas: Que su sobrino estudie y no desatienda los consejos de la abuela. Que su hermano menor llegue temprano a casa, que no salga tanto con sus amigos. Que todos apoyen a su madre, que no la dejen sola con las labores de casa, que la protejan en su ausencia.

Uno de los primeros actos que realizó, siendo ya Policía, fue adquirir un crédito bancario para arreglar la casa de su familia en Villavicencio. Por eso, porque la casa estaba en plena obra. Por eso, porque el televisor estaba desconectado y los muebles arrumados y cubiertos con sábanas para que no les cayera pintura. Por eso, y por el polvo de las reparaciones del baño principal, la cocina, el patio y la reja, por eso su madre y su hermana no vieron el noticiero del medio día, donde anunciaron un ataque de las Farc a una patrulla de la Policía en Llorente, Tumaco.

\*\*\*

Cuando Angélica se graduó como Policía su primera misión la condujo a San Andrés Islas, y su hermana Sandra le dio un consejo: “San Andrés es frontera, una zona estratégica, es el punto de cruce de mercancías, de dinero; seguramente en algún momento podrían hacerte una oferta ilegal, no los escuches, sé siempre honesta”, a lo que Angélica respondió, con la firmeza que la caracte-

rizaba: “Jamás me prestaría para algo deshonesto. Yo no tengo precio, mi conciencia no puede ser comprada. No hay nada mejor en la vida que dormir con la conciencia tranquila”. Detrás de todo buen dormilón –se me ocurre– hay una conciencia limpia.

Cuando le anunciaron que de San Andrés sería enviada en comisión a Tumaco, del Atlántico al Pacífico, del paraíso turístico a la zona roja, del claro mar aguamarina al profundo azul plumizo, de la caricia del sol a la implacable humedad que se pega a los huesos, su familia temió lo peor. Angélica, sin embargo, escribe en sus cartas: “No tengan miedo, algo muy bueno debe tener Dios para mí”.

Lo que no le contó a su familia es que, cuando acabara su periodo en Tumaco, pensaba casarse con su novio de toda la vida, Jaime, el único que tuvo desde los 15 años, también policía. Faltaban solo tres meses para concretar ese sueño y esperaba, algún día, tener hijos.

Angélica, que conocía en carne propia el peso de la pobreza, jamás había visto una situación de escasez semejante a la de los niños de Tumaco y, por eso, compartía con ellos los pequeños tesoros de su ración de campaña: la muy apetecida leche condensada, las galletas, los pasteles de carne y el goulash.

Tumaco tiene clima templado, y de noche baja la temperatura por su cercanía con el Pacífico, pero su situación es “caliente”, de tensión permanente, explica Rodolfo Cruz, hermano de Angélica y patrullero de la policía, quien años antes de la muerte de su hermana sirvió en esa zona del suroccidente del país y conocía de cerca las tensiones sociales, políticas y económicas de esta zona, estratégica para el tráfico de armas y drogas por ser puerta de salida al Pacífico, y marcada por los flagelos de la minería ilegal y los cultivos ilícitos.

\*\*\*

Era el 18 de agosto de 2011 cuando, hacia las 10:00 a.m., fue reportada una riña en la zona rural de Tumaco. Partió una camioneta de la Policía, con siete uniformados, a controlar el supuesto incidente que resultó ser una emboscada.

Cuando pasaba por la vereda Inda Zabaleta, a 45 minutos de Tumaco, la patrulla fue atacada con granadas de aturdimiento y cinco cilindros bomba. Acto seguido, guerrilleros de las Farc descargaron sus ametralladoras contra el vehículo y sus ocupantes y, finalmente, prendieron fuego hasta no dejar más que los fierros retorcidos y los cuerpos calcinados de cinco policías, un intendente y cuatro patrulleros.

Con los ojos muy abiertos, como si al narrarlo visualizara el horror, Sandra intenta reconstruir los últimos momentos de su hermana a partir de los reportes oficiales y las narraciones de testigos, quienes sugieren que Angélica perdió un brazo a causa de una bomba y alcanzó a bajar con vida de la patrulla, pues registraba múltiples impactos de ametralladora a la altura de la cadera, y quizá quiso protegerse de las balas bajo la camioneta, porque fue hallada carbonizada bajo el vehículo, en posición fetal, abrazada a su fusil.

Las Farc querían enviar un mensaje. Por eso no bastaban las granadas, las bombas y las balas. Por eso recurrieron al fuego. Este acto fue interpretado por las autoridades como una retaliación, una venganza que buscaba cobrar la reciente captura de su jefe de milicias, alias Harold, de la columna móvil Daniel Aldana.

Entretanto, en casa de los Cruz todo era polvo, martilleo y ruido de taladros. Un obrero adelantaba las remodelaciones de casa y ni siquiera el baño estaba habilitado cuando Sandra recibió una llamada a su celular.

-¿Vieron el noticiero? -Dijo un amigo, al otro lado de la línea.

-No, el televisor está desconectado, debajo de las sábanas, perdido entre los muebles. -Explicó Sandra, desprevenida.

-Pues busquen el televisor y préndanlo. Algo pasó en Tumaco. Un atentado de las Farc.

Sandra llamó varias veces al celular de Angélica, pero no hubo respuesta. Arrojó el teléfono al suelo y, sin alertar a su madre que estaba en la cocina preparando el almuerzo, trepó entre los muebles y corrió sábanas y cobijas hasta dar con el paradero del televisor. En su corazón había terror, pero sobre todo esperanza. Seguramente estaría viva, todo se aclararía y podrían volver a la normalidad. Sí, había que tener esperanza.

Sandra arrastró el televisor Samsung negro de 21 pulgadas fuera de aquel caos y lo conectó a la pared, pero el aparato no reaccionó. Estaba muerto. Recordó cuando su hermanita se llenó el rostro de sangre al golpearse la frente con el filo del muro donde saltaba, intrépida y traviesa; recordó cuando casi se ahoga por estar empeñada en ser autodidacta de la natación; recordó cuando compartían habitación y se aferraba su mano para no sentir miedo de las sombras. Su pecho se llenó de oscuros presagios.

Sandra se asomó a la ventana y vio que comenzaban a llegar varias patrullas de la policía, de las que nadie bajaba. Salió corriendo a la puerta para preguntar qué ocurría, cuando vio que de una de ellas bajaba Jaime, el novio de Angélica, con el rostro desencajado y bañado en lágrimas. Desgarrado por el dolor, él no logró articular ni una sola palabra. Tampoco hizo falta. Todo estaba claro. Muy claro. Sandra gritó, lloró como si le acabaran

de arrebatarse media vida y se abrazó a aquel policía al que consideraba un hermano más. La madre de Angélica salió de la cocina al escuchar los gritos de Sandra. El resto es silencio.

Rodolfo, por ser policía, fue el primero en enterarse de la muerte de su hermana, pero no tuvo corazón para llamar a su madre. Esperaba un milagro de último minuto, que se confirmara que su hermana estaba entre los heridos y no entre los muertos. Recordó que un día Angélica y él pelearon. En aquella ocasión, en la cocina frente a su madre, Angélica lo retó con fiereza: “Yo voy a ascender primero que usted en la Policía, y cuando eso ocurra se va a acordar de mí”, sentenció ella sin saber que sus palabras se convertirían en una fatal premonición.

Rodolfo, solo un año mayor que Angélica y quien fue su compañero de juegos, su protector incansable y su confidente, se turba al narrar que –en efecto– su hermana, por haber muerto en servicio, fue ascendida primero que él al grado de Subintendente.

Su madre tampoco puede evitar que un escalofrío recorra su espalda. Angélica no solo ascendió primero que Rodolfo en la policía sino que ascendió, antes que todos ellos, al cielo. El dolor que esta hija no le ocasionó en el parto o durante su vida, se lo ocasiona ahora, multiplicado, su muerte.

\*\*\*\*

Le pregunto a Doris sobre el perdón y responde que el perdón es irrelevante en estos casos. Si perdona, su hija no volverá. Si no perdona, su hija no volverá. De lo que se trata aquí, dice, es de aceptación. ¿Ha aceptado

la muerte de su hija? Sí. Lo acepta. O más bien lo asume. Ya no pelea contra los hechos, ni imagina cómo la historia pudo haber sido distinta.

Su corazón es tan grande que siente compasión por los guerrilleros, “porque también tienen madre, padre y hermanos; porque también le duelen a alguien, porque tampoco merecen morir antes de tiempo. Todos, policías, militares o guerrilleros, son colombianos humildes matándose unos a otros, robándose la juventud sin saber muy bien por qué”, mientras el negocio de las drogas, y del poder, va por un lado muy distinto al de las víctimas de este conflicto, concluye.

Junto al cuerpo calcinado de Angélica llegó una caja de cartón que contenía su perfume favorito, *Fantástica*, de Britney Spears; también un par de cobijas, jeans, camisetitas y el peluche de león cuya melena no dejaba que sus sobrinos peinaran.

Se hicieron en casa las reparaciones que soñó. Su hermano Rodolfo pidió traslado a Villavicencio para estar cerca de su madre, quién vive ahora con Sandra y su nieto. Todos cumplen al pie de la letra las indicaciones que dejó Angélica en las cartas.

Doris nunca está sola, rodeada de sus hijos y sus nietos tiene siempre la cabeza ocupada y, con los asuntos de casa, no se da tiempo para caer en las trampas de la tristeza. “Angélica está conmigo, me acompaña siempre, yo la siento. A veces la escucho en la cocina, o en el cuarto y sé que es ella, que me deja percibir su presencia”, dice.

Entonces recuerdo lo que sentí rumbo a Bogotá, esa intuición de caminar al lado de Angélica, de subir con ella al avión. Recuerdo ese impulso incontenible que me invadió, en el aeropuerto, de comprarle mermeladas, manjarblanco y galletas a su madre. Así que le entrego

el paquete a Doris. Nos miramos a los ojos, nos tomamos de las manos y las dos sabemos, sin lugar a dudas, que el regalo lo envía Angélica.

\*Esta crónica hace parte del libro *El Género del Coraje*, con apoyo de ONU Mujeres. La Policía Nacional se convirtió con su publicación, en 2013, en la primera fuerza armada colombiana que comienza a develar la historia de sus mujeres víctimas del conflicto, con miras a apoyar el proceso de paz entre el Estado colombiano y las Farc.

### Paola Guevara

*Colombia (Cali, Valle del Cauca, 1977)*

Escritora, editora y columnista. Comunicadora Social y Periodista de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Inició su carrera en la sala de redacción de la Revista Cambio y como colaboradora de la revista Cromos, Shock, entre otras; ha sido coordinadora editorial del periódico La Hoja de Bogotá y editora general del Grupo 10+, especializado en creación de revistas de lujo. Tras su paso por la Casa Editorial El Tiempo, desde 2007 se desempeña como editora de Cultura, Entretenimiento y Tendencias del diario El País, de Cali, donde también es editora de revistas y columnista de las páginas de Opinión. Ha publicado sus crónicas en los libros *El género del coraje* (2017) y *Esto que hemos heredado* (2016). En el año 2016 publicó con la Editorial Planeta su primera novela, *Mi padre y otros accidentes* y en 2018 presentó en la Feria del Libro de Bogotá *Horóscopo*, su segunda novela.



# Sonata del olvido

*Catalina Villa*



Repudiado por su condición de homosexual y su adicción a la morfina, Antonio María Valencia fue un adelantado a su tiempo. En la Sultana del Valle dejó una de sus más grandes obras: el Conservatorio de Cali. ¿Por qué tantos han olvidado su legado?

**P**rendida de la mano de su madre, la niña solía llegar a la casa del maestro en horas de la tarde cuando ya el sol se había cansado de acosar los andenes de esa pequeña ciudad. Era una casa enorme, así la recuerda. Luego de pasar por un corredor, atravesaba un patio largo hasta llegar a su cuarto. Y allí, de pie, estaba el maestro Antonio María Valencia: pelo negrísimo, nariz chata, tez de aceituna. A su lado, casi como una extensión de sí mismo, su piano de cola Erard, imponente.

Esa niña tiene hoy 73 años pero su memoria no resbala para recordar aquella escena que se repetiría cada semana durante poco más de un año: “Yo lo veía a él como un Dios”,

me dice con su voz aguda que se cuele como un hilo delgado por el teléfono. Recuerda que el maestro, asombrado por su virtuosismo, se había empeñado en prepararla para un concierto. Fueron días, semanas, meses frente al piano. Ella tenía 11 años. Él, 49. Ella soñaba con ser una gran pianista. Él ya lo era. Ella anhelaba llegar a París. París, la ciudad de la que Valencia nunca debió partir.

La noche del 15 de julio de 1952 la niña finalmente subió al escenario de la Sala Beethoven del Conservatorio. Llevaba el pelo adornado en forma de bucles con una cinta que iba de lado a lado de su cabeza y un vestido hasta las rodillas. Se sentó frente al piano, posó sus diminutas manos sobre las teclas e interpretó el concierto para piano y orquesta en Sol menor de Mendelsohn. Tocó como los dioses, la niña. Lo que siguió lo recuerda así: aplausos cerrados, el público de pie, una ovación que parecía no terminar nunca, su foto en la prensa.

Marjorie Tanaka, la niña, la pianista que tantos triunfos le ha dado a Colombia en los últimos 50 años, supo entonces que nunca pasaría un día de su vida lejos de un piano. Supo, también, siete días después del concierto, que el maestro Antonio María Valencia había fallecido en su casa a las 11:40 de la mañana, paralizado, a causa de la enfermedad. Eso decían, “la enfermedad”.

\*\*\*

¿Quién fue Antonio María Valencia?

En la casa adjunta al edificio principal del Instituto Departamental de Bellas Artes, la escuela a la que hoy pertenece el Conservatorio de música, cuatro estudiantes hacen la fila para la matrícula de este semestre. Uno entrará

a estudiar música, dos terminarán este año diseño gráfico, otra estudia artes plásticas.

Alexis Rentería, el músico, tiene la piel color chocolate, el pelo al estilo rasta y unos ojos risueños. A sus 28 años es músico empírico. Toca jazz en los bares. Cuando lo llaman para completar una orquesta se apunta, no importa si es de salsa o de merengue. Ha tocado casi de todo: tropical, un poco de punk y un poco de reggae. Menos los clásicos, la música culta, dice. Por eso quiere convertirse en profesional. Eso sí, cuando le pregunto, me advierte que no sabe quién era Antonio María Valencia.

*–Tengo la somera idea de que fue uno de los primeros compositores de Cali, ¿no?*

Giselle Monsalve, que está a su lado, cursa décimo semestre de artes plásticas. Tampoco sabe bien quién es ese señor Valencia. El fundador, dice. Nada más. Recuerda que se lo mencionaron en la inducción, cuando entró, hace cuatro años, pero ya lo olvidó. No sabe que fue justamente él quien lideró la creación del programa de artes plásticas, porque un conservatorio que solo enseñara música le parecía insuficiente. Fue entonces cuando invitó a Jesús María Esponisa a que dirigiera el programa.

*–¿Sabés que fue Valencia quien intercedió ante la Iglesia para que permitiera que modelos desnudos posaran antes los estudiantes en la clase de anatomía del dibujo?, le pregunto.*

*–No, me dice.*

Pocos saben.

Pocos saben que Antonio María Valencia fue un músico precoz que a los 8 años ya tocaba el piano gracias a las lecciones de su padre, Julio Valencia, un violoncellista que había hecho parte de la Lira colombiana. Pocos saben que a los 14 dio conciertos en Panamá y Estados Unidos y que pronto entendió que estudiar en el exterior era perentorio

si no quería asfixiar su talento en esa Cali de los años 20 anestesiada por el tedio. Que viajó a París en donde vivió los seis años más intensos de su vida. Que fue discípulo de Paul Braud y Vincent Dindy. Que se graduó con honores de la Schola Cantorum. Que triunfó en escenarios franceses interpretando a Schumann, a Chopin, a Fauré, a Albéniz. Que compuso 21 obras para piano. Que conoció a la escritora Anaïs Nin. Que Anaïs Nin lo menciona en su diario. Que renunció a una promisoriosa carrera de concertista en Europa para regresar al lado de su madre. Que era débil de carácter, adicto a la morfina. Que era un pesimista, Valencia. Que fue nombrado inspector general de estudios y profesor de piano del Conservatorio Nacional, en Bogotá. Que era tan bueno en lo que hacía, que despertó envidias y se ganó enemigos. Que regresó a Cali para dirigir el Conservatorio. Que fue blanco de burlas e insultos por ser homosexual. Que su trabajo redundó en la fama continental de esta ciudad en la década de los 40. Que aró en el desierto. Pocos saben.

\*\*\*

El compositor, director e investigador chileno Mario Gómez Vignes es, tal vez, el que más sabe. Alto y delgado, Gómez esconde sus 78 años en un pantalón azul y una camisa de manga corta abotonada hasta el cuello. Tiene una barba blanca en forma de candado y la formalidad en el trato de los señores que nacieron antes del rock and roll. Me recibe en un salón de clases del programa de música de la Universidad del Valle donde es profesor desde 1981. En el salón de al lado un estudiante ensaya una tuba sin éxito. Me cuenta que sabe lo que sabe porque dedicó siete años de su vida a investigar la vida de Antonio María Valencia, sorprendido por su obra sincera y rigurosa, pero

sobre todo, espoleado por el silencio que rodeaba esa vida enigmática de la que nadie parecía querer hablar.

Todo empezó en 1981 cuando llegó a Cali como director del Conservatorio tras haberse desempeñado como docente en la Universidad de Antioquia. Allí se encontró una vitrina de dos cuerpos que parecía común y corriente pero que no lo era tanto. Era, en realidad, un botín que conservaba cartas, recortes de prensa, manuscritos y partituras que habían pertenecido a Valencia. ¿Quién era ese hombre que había logrado en tan poco tiempo fundar un conservatorio, una orquesta sinfónica, un coro polifónico, y liderar la construcción de un gran edificio a la orilla del río Cali que albergara el arte? ¿Por qué se conocían tan poco sus composiciones? ¿Cómo es que se había roto su relación con otro de los grandes músicos colombianos de su época, Guillermo Uribe Holguín? ¿Por qué en 1952 pedían su renuncia de la dirección de la Orquesta?

*–Yo sentía que había una especie de silencio cómplice sobre ciertas cosas, sobre todo de quienes habían tenido trato con él.*

Fue entonces cuando entrevistó a su sobrina más cercana, la antropóloga Irene Valencia, y a Rosario, su única hermana viva. Gracias a ellas descubrió otra valiosa joya: su correspondencia personal. Entonces, como buen investigador, cotejó datos, sopesó adjetivos, ató cabos, tomó distancia. Supo que tenía ante sí a un colonizador de la cultura en una ciudad que en aquella época más parecía un desierto; un hombre que ansiaba la gloria, pero que sufría infinitamente.

\* \* \*

Psicoanálisis. Freud. Complejo de Edipo. Deseo inconsciente de mantener una relación incestuosa con el progenitor del sexo opuesto. Tal vez no haya otra explicación, en

el caso de Antonio María Valencia, a esa atracción incontestable que profesaba por Matilde Zamorano, su madre, una mujer que se había convertido en el pilar de su existencia.

*“Yo jamás pensaré en formar un hogar nouveau, porque todos los que pudiera formar no valdrían un minuto de felicidad al sentirme muy juntito a ti y oír tu voz, y mirarme en tus ojos (...)”*, le escribiría Valencia a su madre en 1952, desde París, declarándole su decisión de renunciar al matrimonio. No sería la única vez. En el libro *Imagen y Obra de Antonio María Valencia*, Gómez Vignes advierte cómo en todas las cartas a su madre se repiten expresiones como “Recostaré mi cabeza en tu pecho y tú tejerás ilusiones en mis cabellos” o “Yo no me pertenzco, soy tuyo” o “Cuando pienso que de nuevo estaré a tu ladito para nunca más volver a separarnos”.

Siempre, en los conciertos, Valencia se aseguró de llevar en el bolsillo el retrato de su madre. Siempre.

\* \* \*

Mientras intenta calmar la ansiedad de sus dos perros que se pelean por sus mimos, Ireri Ceballos Valencia abre una pequeña caja que pertenecía a su madre, Irene Valencia. La caja está repleta de fotos debidamente marcadas y seleccionadas, cada montón resguardado con un papel atado con una cinta. Una por una, me describe cada escena, me nombra cada personaje.

*—Esta es mi mamá recién nacida con Antuco, así lo llamaban. Y esta otra es mi mamá en el patio de la casa de sus abuelos, que ocupaba casi una manzana y tenía un patio enorme.*

Hay algo curioso en esas fotos. Alrededor de su madre recién nacida todos aparecen vestidos de negro. Entonces Irene me explica que estaban de luto pues al nacer Irene, su madre murió, y dada la tragedia que supuso para el

padre, la niña quedó al cuidado de Matilde Zamorano, su abuela, y de Antuco, su tío.

Irene Valencia fue entonces la persona más cercana al maestro durante años. Hoy tiene 83 años y no recuerda nada; hace cinco sufre de Alzheimer. Pero hay cosas que su hija Ireri sabe, como el sufrimiento que vivió Antuco por haber sido homosexual en la época equivocada.

*—En la casa todos lo sabían pero ese no era un tema que se hablara abiertamente. Mi mamá me contaba que cuando se sentaban a la mesa, en la cabecera siempre estaba la abuela Matilde, quien ejercía un matriarcado. A su lado se sentaba Antuco y al lado de éste, siempre había un puesto reservado para alguien más. Para un amigo de Antuco. Me contaba incluso que él solía llevar a sus amigos al cuarto y nadie le preguntaba nada.*

Fue justamente por su condición de homosexual que el músico caleño recibió las críticas más implacables en su ciudad natal. En 1940, el periódico El gato emprendió una campaña en contra del Conservatorio alegando una “escandalosa burocracia”, un despilfarro en salarios y pocos resultados. No con poca ironía, y a manera de burla, en una edición de febrero de ese año incluyeron un pie de foto con el siguiente texto: “Esta es la célebre Orquesta Sinfónica Juvenil que toma parte en la película Rapdosia de Juventud. Como ven los lectores, todos son niños de 9 a 16 años. (¿Qué haría usted, maestro Valencia, con todos esos niños, tan buenos músicos y tan bonitos?)”.

\* \* \*

París fue la ciudad en la que Antonio María Valencia vivió los años más intensos de su vida. Fue allí donde se consolidó como gran pianista y compositor. Fue allí donde hizo

gala de su simpatía, de su don de gentes, de su entrega incondicional a la amistad. En su célebre diario, la escritora Anaïs Nin, quien coincidió con él en París, escribe: “Nosotros conocemos a un niño prodigioso sudamericano, Antonio Valencia, a quien su país lo ha enviado a estudiar piano aquí. Tiene alrededor de veinte años, cutis aceitunado, ojos negros, pequeño de estatura y superdotado. De modales suaves, sin pretensiones; comparte por igual una modestia y una sencillez poco usuales y mucha bondad. En este momento es el mejor amigo de Joaquín y ejerce sobre él una admirable influencia tanto musical como literaria”.

Sería en París, también, donde nacería su adicción a la morfina. Corrían los años veinte, años vertiginosos. París era una ciudad cosmopolita. La Nueva York de entonces, dice Mario Gómez Vignes.

*—Con todas las vanguardias a la orden del día, muchos pintores, poetas, músicos, actores y gente de la farándula se drogaban y a nadie le parecía ese proceder escandaloso. Como el hachís en Baudelaire y el opio en Rimbaud o Verlaine en el mismo Siglo XIX, las drogas eran consideradas de buen tono en un artista. Por eso creo que su inclinación a la morfina no se inició en Colombia; con eso ya venía desde Francia.*

La noticia fue una tragedia para la familia. “No puede ser, no lo creo, me es imposible creerlo... acabo de saber que las drogas heroicas se han apoderado de ti. Contéstame enseguida, dime que no es cierto, demuéstremelo en algo”, le escribió su cuñado Víctor, en 1932.

\* \* \*

En la terraza de su casa, sentada frente a un inmenso árbol de lyche y un jardín poblado de helechos, la historiadora Soffy Arboleda saca de entre sus pertenencias una es-

quele amarillenta, escrita con tinta sepia, que contiene una pequeña partitura del Ave María; un motete a tres voces. Abajo, la siguiente leyenda: “Para Soffy Arboleda, la pequeña de una ‘Theoría’ de mujeres inteligentes y artistas a quienes admiro. Antonio María Valencia, Cali, junio 15/43”.

La esquila de caligrafía impecable que ella conserva como un pequeño tesoro enmarcada en vidrio, le remueve los recuerdos de su infancia y adolescencia, época en la que ingresó a la Orquesta del Conservatorio que dirigía Antonio María Valencia. Tenía 12 años. Tocaba el violín.

Recuerda que el maestro solía llamarla para escribir los dictados de sus improvisaciones; recuerda cuando le pidió que fuera solista en el Stabat Mater de Pergolesi junto a Elvira Garcés. Recuerda un viaje a Manizales, con la Orquesta, en la que lo sacó a bailar para constatar algo increíble: que el mejor músico de Cali no sabía dar un paso de baile.

Pero recuerda, también, episodios tristes. Entonces me pasa un sobre, también amarillo, y me pide que lea en voz alta la carta. Está dirigida a su madre Rosita, con fecha del 28 de noviembre de 1947, mientras el maestro Valencia se encontraba en una clínica de reposo. La carta habla de su mal estado de salud; de la neuralgia súbita y bastante aguda en el brazo izquierdo que lo tiene desquiciado moralmente. “Estoy por creer que el buen Dios me está probando con gran severidad, con lo cual no hace sino ejercer estricta justicia para conmigo, dada mi mala vida pasada, que usted conoce en mínimos detalles y dado también el propósito firme de rehacerme, de regenerarme, para lo cual la puso a usted, señora Rosita, en mi camino. (...) Lástima que me vea obligado a descender a la prosa diaria de la vida: Sra. Rosita, el muchacho acaba de llegar y tengo que decirle rápido y como yo no quisiera que si le es fácil auxiliarme con \$45, me conceda ese nuevo favor. Con esto ya mi cuenta va en \$780.

Palabras no encuentro para expresarle cuánto siento: solo le pido a Dios me de fortaleza para vencerme a mi mismo y ser digno de usted y de mi mamacita”.

\* \* \*

De todas sus tribulaciones, quizás la que más lo atormentó fue la imposibilidad de desarrollar una exitosa carrera de concertista y compositor en su país, tras su regreso de Francia, segando sus ansias de gloria y decepcionando a sus maestros franceses que tanta esperanzas habían sembrado en él. Así se lo hizo saber, a finales de 1930, al poeta y amigo Guillermo Valencia, a través de este cable: “Constato dolorosamente tierra mía no comprende excelsas virtudes Maestro de los Maestros”. Se refería no solo al poco reconocimiento que tenía por parte de los colombianos, para entonces, el poeta Valencia; sino a las sillas vacías que a él lo saludaban en las salas en las que se presentaba. Se refería a la aridez y al desconocimiento que ‘llenaban’ el Teatro Colón en Bogotá y las salas en Cali. Atrás habían quedado los elogios de la crítica y los aplausos del público parisino. Ahora debía dedicarse a su gran obra: el Conservatorio, fundado en 1933.

\* \* \*

El 21 de julio de 1952, estando solo en su casa, Antonio María se despertó al amanecer con un agudo dolor en la nuca que recrudeció con las horas hasta paralizarlo. El diagnóstico del médico fue contundente: tétano. Y la búsqueda del medicamento: infructuosa. Antonio María Valencia moría el 22 de julio de 1952 a causa de “la enfermedad”. Eso dijeron.

Quienes conocieron en vida al maestro Antonio María Valencia coinciden siempre en los adjetivos: virtuoso, riguroso, brillante, exigente. ¿Por qué, entonces, no se ha grabado toda su obra? ¿Por qué no todos conocen esa maravillosa pieza que es ‘Requiem’, calificada como “densa, de amplio aliento, de técnica irreprochable”? ¿O ‘Sonatina Boyacense’, o ‘Emociones Caucanas’, o Barcarola? ¿Por qué tan pocos saben quién fue?

En las escaleras de la entrada del Instituto Departamental de Bellas Artes, en ese barrio perfumado con el olor de las cadmias, Natalia Sánchez, estudiante de piano, sabe. Sabe que Antonio María fue un precursor, un pionero, un gran compositor. No entiende que hoy el Conservatorio tenga que sortear tantas crisis, cuándo él, hace 80 años, fue un adelantado de su época y dejó un reglamento de cómo debía regirse un templo del arte. Por eso se interesó en su obra. Montó para piano Chirimía y bambuco sotareño y Berceuse, una canción de cuna. Tal vez monte otras. Puede ser. En su casa, me dice, ha hecho ilustraciones de él, porque además del piano le gusta el dibujo. Es su pequeño homenaje a un hombre que hizo lo que hizo por el arte en Cali. No todo fue arar en el desierto. No todo, maestro Valencia.

Perfil publicado el 29 de enero de 2013 en la revista GACETA de El País.

### *Catalina Villa*

*Colombia (Cali, Valle del Cauca)*

*Periodista y asesora editorial. Fue editora de revistas del Diario El País de Cali entre 2006 y 2016. Ha escrito para las revistas Arcadia y Nexos. Actualmente es la Coordinadora Literaria del Festival Oiga Mire Lea y dirige la Especialización en Escrituras Creativas de la Universidad Icesi.*



# GEUP

GRUPO DE EDITORIALES  
UNIVERSITARIAS DEL PACÍFICO



UNIMINUTO  
Corporación Universitaria Minuto de Dios  
Educación en calidad al alcance de todos



Este libro es una coedición entre la Secretaría de Cultura del Valle del Cauca, la Universidad Icesi y Pontificia Universidad Javeriana Cali.

Se usaron fuentes de letra Bodoni MT y Lora regular; se ha usado para la impresión de la carátula propalcote de 240 gramos y para las páginas interiores propalibros de 75 gramos.

Se terminó de imprimir en septiembre de 2019 en los talleres de la Unidad Gráfica de la Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, Cali, Colombia



Todos los años recibimos con entusiasmo la noticia de nuevos libros y de nuevas escritoras que dan a la literatura escrita por mujeres en nuestra región un importante lugar en el panorama de la literatura colombiana y latinoamericana.

Presentamos en este libro cuentos y crónicas de escritoras vallecaucanas vivas, que dan continuidad a la tradición que iniciaron las narradoras Vera Zacs y Nelly Domínguez Vásquez.

Que sea este un homenaje a su valor y a la determinación de dar los primeros pasos en el camino de la narrativa de las mujeres del Valle del Cauca.

Al leer este libro podemos ver con alegría que la narrativa de las mujeres en el Valle del Cauca goza de muy buena salud.

Consuelo Bravo Pérez  
Secretaria de Cultura  
del Valle del Cauca



GOBERNACIÓN  
VALLE DEL CAUCA

Secretaría de Cultura



FERIA INTERNACIONAL  
del LIBRO de CALI  
2019

